

Libro juego. Crea tu propia historia

LA MÁSCARA SAGRADA

TIC-TAC... EL TIEMPO SE AGOTA

Klara Delgado

La máscara Sagrada

Klara Delgado

Título: La máscara sagrada

Autor: Klara Delgado

Diseño de portada e ilustraciones: Holguer Beltrán

Facebook: <https://www.facebook.com/LilarkaS>

Copyright © 2019 Klara Delgado

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del autor y titular del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Para Iker, el creador de sueños

[La máscara Sagrada](#)

[Consejos para la lectura del libro juego](#)

[Comienza la aventura](#)

[Posición 1](#)

[Posición 2](#)

[Posición 3](#)

[Posición 4](#)

[Posición 5](#)

[Posición 6](#)

[Posición 7](#)

[Posición 8](#)

[Posición 9](#)

[Posición 10](#)

[Posición 11](#)

[Posición 12](#)

[Posición 13](#)

[Posición 14](#)

[Posición 15](#)

[Posición 16](#)

[Posición 17](#)

[Posición 18](#)

[Posición 19](#)

[Posición 20](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

Consejos para la lectura del libro juego

Bienvenido lector. Lo primero que quiero es agradecerte haber elegido este libro para disfrutar de la lectura.

¿Cómo leer este libro juego? Es muy fácil, cada cierto tiempo tú, que eres el protagonista, debes elegir cómo actuar. Para ello se ofrecen varias opciones. Elige la que más te apetezca pulsando el texto pasa a la posición x. Directamente te llevará a esa posición. Cuando llegues al final, no hace falta que des por terminada tu lectura. ¿No te apetece descubrir qué hubiera ocurrido si tu elección hubiera sido otra? Puedes hacerlo. Vuelve a comenzar o continúa donde tuviste que decidir cómo actuar, para ello puedes buscar en el índice y acudir a la posición elegida.

Espero que tu final sea el que consiga el éxito de la misión, y si no, recuerda, siempre puedes volver atrás.

Comienza la aventura

Esta mañana te despiertas con el sonido de un mensaje en tu teléfono móvil. No te importa, acabas de comenzar tus vacaciones, por lo que ninguna obligación te reclama, y menos a primera hora del día. Miras la pantalla y descubres que es Iker quien te ha escrito, pero al contrario de lo que piensas no es para invitarte a una partida de Fornite, sino que te pide que te reúnas con él. Un escalofrío te recorre la espalda por lo inquietante de su mensaje, aunque después imaginas que se trata de una broma. Lo lees una vez más: «Te espero junto al árbol de las cotorras. Es muy urgente. Nuestras vidas corren peligro». Te convences de que solo se trata de una broma y que tu amigo solo quiere jugar un rato, aunque te apetece descubrir qué se le ha ocurrido; así que te vistes rápido. Apenas mojas tu cara para quitarte las legañas y tras dar un sorbo a un vaso de leche con cacao, corres al encuentro de tu amigo.

Antes de llegar al lugar indicado las cotorras argentinas te reciben con sus parloteos. Miras el gran nido que se ha ido ampliando en los últimos meses, y que debe albergar al menos a una veintena de esas aves. Oyes el grito que lanza Iker cuando un pastor alemán corre hacia él ladrando con furia. Las cotorras levantan el vuelo; los sonidos del batir de sus alas junto a los fuertes carreteos crean un ambiente más angustioso del que ya dominaba el momento. Los chillidos de una mujer detienen al can, que duda entre acercarse más a tu amigo o volver junto a su dueña. Tú caminas a gran velocidad por si precisara de tu ayuda, pero, al final, el animal vuelve junto a su dueña y se alejan de vosotros.

Iker está pálido, pero ¿cómo no estarlo después de ser casi atacado por esa fiera? Las cotorras regresan al árbol y devuelven la normalidad a la situación.

—¿Estás bien? —preguntas preocupado por tu amigo. Él asiente con la cabeza sin hablar—. Cuéntame qué se te ha ocurrido. Me tienes muy intrigado. ¿Es un nuevo juego?

El chico niega con la cabeza antes de sacar un papel plegado cuatro veces de su bolsillo.

—¿Qué es esto? —Desdoblas una hoja arrancada de un cuaderno de cuadrícula; cuando lo lees sueltas una carcajada—. ¿Qué es esto? —repites.

—¡No tiene gracia! —Tu amigo arranca el papel de tus dedos y lo vuelve a guardar en su bolsillo.

—¿Se puede saber qué te pasa? Si es una broma, explícamela porque no la entiendo.

—¡No es ninguna broma! Lo encontré ayer en mi buzón.

—Pero eso es alguna tontería de tus vecinos. No le des mayor importancia. Anda vámonos, jugaremos a Fornite. Estoy solo en casa, podemos hacer todo el ruido que queramos.

—Yo pensé lo mismo que tú ayer; tiré la nota a la papelera, aunque esta mañana la he recuperado cuando vi la otra.

—¿Otra? ¿Hay otra nota? —preguntas desconcertado mientras tiendes la mano hacia él para que te la muestre.

Iker vuelve a darte el mismo papel que te había arrebatado momentos antes. Esta vez le prestas más atención. Continúas seguro de que se trata de una broma de algún amigo de la pandilla o de algún vecino aburrido. Observas la perfecta caligrafía. Todas las letras están escritas en

mayúsculas con gran precisión y cuidado. Ninguno de tus amigos escribe así; aunque podrían haber pedido a alguien que la escribiera por ellos. La hoja es como la de cualquier cuaderno de tamaño folio con cuadrícula y márgenes azules; idénticos a los que usáis en el instituto.

—Devolved la máscara sagrada, de lo contrario moriréis —lees en voz alta—. Sigo pensando que es una broma o que esto no es para ti. No has cogido ninguna máscara, ¿no? No te preocupes, pero bueno, déjame ver la otra.

Iker rebusca en el bolsillo de su abrigo y te ofrece otra hoja similar a la anterior. También la letra es la misma de antes, incluso parece haber sido escrita con el mismo bolígrafo negro.

—Tu mejor amigo y tú debéis devolver la máscara al instituto. Esperaré hasta la noche. Como no lo hagáis os mataré.

Esta vez un escalofrío recorre tu columna vertebral. Tu lado racional te dice que todo es una farsa y que el resto de la pandilla saldrá en cualquier momento de su escondite para reírse de ti, pero tu instinto te asegura que vuestra vida corre peligro realmente. Miras a tu alrededor. No hay ni rastro de los demás amigos.

—No es una broma. No han sido ellos. Esta nota estaba en mi ventana —insiste Iker.

—Sabes que si quieren pueden hacer cualquier cosa. —Tratas de justificar tu teoría.

—No podrían hacer esto. Te digo que estaba en mi ventana, por la parte de fuera y te recuerdo que vivo en un cuarto. Ninguno es un hombre araña. No los imagino trepando por la fachada solo para gastar una broma.

Entiendes que tu amigo tiene razón. Si él no te está mintiendo es posible que estéis en un apuro.

—¿Has hablado con tus padres? Ellos sabrán qué hacer.

—No, no quiero ponerles en peligro. —Se justificó Iker.

—Entonces iremos a la policía y les contaremos lo que pasa.

—¿Y nos van a creer? Pensarán que les estamos tomando el pelo, que es un juego nuestro. Tengo el número de teléfono de Amparo, la profesora de lengua —dice mientras saca el móvil de su bolsillo—; la llamaré y le preguntaré. Es posible que ella sepa si en el colegio hay alguna máscara sagrada o no. Si se la han llevado por las vacaciones solo tendremos que devolverla al instituto y ya está. Seguro que ella nos ayudará.

Si decides pedir ayuda a la policía pasa a la [posición 2](#)

Si decides llamar a Amparo pasa a la [posición 1](#)

Posición 1



Observas como Iker marca el número de la profesora. Su cara muestra desesperación mientras los tonos de la llamada son la única respuesta que obtiene, hasta que suelta un profundo suspiro antes de contestar.

—Amparo, soy Iker. Tengo un problema y me preguntaba si podrías ayudarme. —Aguarda un momento en silencio—. Sí, prefiero contárselo en persona. Sí, nos vemos allí. Muchas gracias. —Guarda el móvil otra vez en el bolsillo y te mira—. He quedado con ella en el centro comercial. No he querido decirle nada por teléfono por si piensa que solo le estoy gastando una broma. Espero que nos crea cuando la veamos.

—Yo también lo espero.

La inquietud de tu amigo te está poniendo nervioso y lanzas miradas a tu alrededor por si alguien os está vigilando; pero el campo donde os encontráis está vacío. A lo lejos algunas personas caminan velozmente sin prestaros atención. La mujer que paseaba al perro tampoco se ve por ningún lado. Cerca de vosotros solo las malditas cotorras interrumpen el silencio.

Os dirigís al centro comercial y esperáis en la puerta de la cafetería donde habéis quedado con la profesora. Pasados unos diez minutos que se os hacen eternos, aparece. Os saluda con una gran sonrisa y os invita a pasar al local. Tras pedir un café para ella y unos zumos para vosotros y sentados en una mesa alejada de la entrada, os pregunta cuál es el problema que os acucia.

Iker la mira azorado y comienza a relatar como el día anterior encontró una nota en el buzón y esta mañana otra en la ventana, aunque no se las muestra. Si Amparo no lo cree no da muestras de ello y mantiene un semblante serio mientras escucha toda la historia.

—¿Tienes las notas? —pregunta finalmente.

Tu amigo le ofrece los papeles, primero el que encontró en el buzón y después el de la ventana. El rostro de la profesora parece enturbiarse cuando se las devuelve.

—¿Quién más sabe esto? ¿Alguien de la clase, algún amigo?

—Nadie más que él —responde señalándote—, yo y ahora tú.

—Mirad. —Rebusca en su bolso y deja sobre la mesa media hoja recortada a mano escrita con la misma tinta y letra de las otras dos. En ella se puede leer: «Tic-tac, el tiempo apremia».

—¿Cómo tienes eso? ¿Quién podía saber qué te pediríamos ayuda?

—No lo sé, estaba en el limpiaparabrisas de mi coche. Creo que debéis saber una cosa. ¿Recordáis que el último día de clases bajasteis una caja a secretaría? —Ambos afirmáis esperando a que os explique qué tiene que ver eso con las notas—. En ella iba una máscara.

—¿Qué? —exclamáis a dúo.

—Sí, justo el día anterior se formó un agujero en un lateral de las pistas de baloncesto. No sabemos cómo pudo ocurrir, pero el conserje nos pidió que avisáramos a los encargados de las reparaciones. Al ir a mirar, el hoyo había aumentado su tamaño.

—¿El agujero crecía? No lo vimos —exclamas asombrado mientras observas a Iker que tampoco parece tener conocimiento de ello.

—Al parecer así era, y ahora os explicaré por qué no lo visteis. Era una hora en la que yo no tenía clases, así que acompañé a la directora para comprobar qué peligroso podía resultar el agujero. Cuando llegamos tenía un metro de profundidad y un diámetro de un metro también, pero se apreciaba algo brillante medio cubierto por arena. Salté al interior del hoyo. Era como si ese objeto me llamara y no pudiera resistir a su reclamo. Me agaché y lo acabé de desenterrar. Entre mis manos sujetaba lo que parecía una tosca máscara de piedra. No comprendía como segundos antes un objeto tan rústico podía emitir los destellos que habíamos visto anteriormente.

»Se la entregué a la directora y traté de salir, pero las paredes del agujero comenzaron a moverse con rapidez, también el suelo se deformaba bajo mis pies. Aunque trataba de agarrarme era imposible y, de pronto, salí disparada hacia arriba, como si alguien me hubiera empujado con toda su fuerza al exterior. Quedé aturdida en el suelo mientras Marta trataba de ayudarme. Cuando conseguí recuperarme, el suelo se había cerrado y todo estaba como si nunca hubiera ocurrido nada. Solo el gran hematoma en mi trasero y la máscara que la directora sujetaba sin saber muy bien qué hacer con ella.

—¿En serio el suelo te escupió? No nos estás tomando el pelo, ¿verdad?

La miras fijamente esperando que ría y os diga que es todo una broma, pero ella mantiene su semblante serio. Da un sorbo a su café antes de contestar.

—No, no os tomo el pelo. Escuchad. Subimos nuestro tesoro a la sala de profesores para mostrársela al resto de compañeros, y sobre todo a Antonio, ya que él posee un amplio conocimiento sobre antigüedades y tal vez nos pudiera aclarar a qué civilización pertenecía, puesto que parecía realmente antigua.

—¿Y qué dijo él? —La interrumpe Iker impaciente.

—Nada. Era una máscara grotesca, sus ojos eran redondos y la boca se curvaba en una extraña mueca que podía ser de llanto o burla. Aunque me recordaba a las antiguas máscaras del teatro griego, esta era más burda. Tampoco Antonio pudo discernir su utilidad y mucho menos a qué civilización o época podía pertenecer. Como era el último día de colegio la guardamos en una caja. Cuando volviéramos de las vacaciones decidiríamos qué hacer con ella, tal vez avisar a algún experto en antropología y arqueología para que la estudiara.

—Pero, si está guardada en el instituto, ¿por qué nos reclaman su regreso y por qué a nosotros precisamente? ¿Qué tenemos que ver nosotros con esa máscara? —preguntas cada vez más intrigado. Estás seguro de que la profesora esconde algo más y debes averiguarlo, aunque no te hace falta insistir ya que ella misma aclara tus dudas.

—¿Os acordáis que ese día os pedimos que bajarais una caja a secretaria? —Os mira hasta que ambos afirmáis con la cabeza, entonces continúa—. En esa caja estaba guardada la máscara. Estoy dando vueltas a una cosa. ¿Mirasteis qué había dentro?

—¡No! —contestáis al unísono.

—Entonces solo se me ocurre que alguien haya robado el objeto y otro alguien lo quiera y sospeche de vosotros.

—¿De nosotros?

—Sí, y de mí también. Yo también recibí una nota. Tenemos que ir ahora mismo al instituto y

comprobar que todo sigue igual, y que está guardada en la caja fuerte. ¡Vamos!

De un trago apura su café y os mira con impaciencia mientras se levanta y se pone el abrigo. Iker se levanta también. No tienes claro qué es lo que deberías hacer. La lógica te pide que vuelvas a la tranquilidad de tu casa; pero, por otro lado, no quieres dejar solo a tu amigo y, la verdad, tu espíritu aventurero desea conocer aquello que se oculta en el instituto.

Les acompañas al instituto pasa a la [posición 5](#)

Decides que esto es demasiado para ti pasa a la [posición 3](#)

Posición 2



—Creo que lo más conveniente es ir a la policía, Iker. Si ellos no nos hacen caso entonces ya pensaremos qué hacer; además, ¿por qué piensas que Amparo te va a creer?

Miras a tu amigo hasta que este accede a tu petición. Lo golpeas en el hombro a modo de felicitación por su decisión y os alejáis del árbol en dirección a la comisaría.

Tratas de mostrarte seguro, y bromeas sobre cosas absurdas sin dejar de observar a cualquier transeúnte que se cruza en vuestro camino hasta que llegáis al cuartel de la Policía Nacional. Sois bien recibidos por un agente uniformado que, tras preguntar cuál es el motivo por el que estáis allí, decide que se trata de un caso de acoso escolar. Os indica que esperéis en otra sala donde, minutos más tarde, una mujer policía os pregunta por lo sucedido. Ella se centra en cómo es la relación que mantenéis con el resto de compañeros en el instituto, y os asegura que podéis confiar en ella, ya que está ahí para ayudaros. Por mucho que le aseguráis que ese no es el problema, se niega a aceptar que haya otro motivo y afirma que algún amigo o enemigo quiere gastaros una broma pesada o asustaros. Entendéis que no podéis hacer nada más allí, así que os despedís. Antes de ir os entrega una tarjeta a cada uno con su nombre y número de teléfono. Os insiste en que si alguien os intenta hacer daño o conocéis algún caso de acoso escolar contactéis con ella. Además, irá personalmente al instituto a dar una charla contra el acoso escolar cuando acaben las vacaciones.

—Te dije que no nos creerían. —Iker te mira enfadado como si tú fueras culpable de ello—. ¿Llamamos a Amparo ahora?

Te quedas pensando un momento junto a la puerta. Te rascas la cabeza y te alborotas el pelo. Miras fijamente a Iker. Vas a contestar cuando una voz impide que lo hagas:

—Vosotros, ¡esperad! —El policía de la entrada se acerca y os da una nota.

Palidecéis al reconocer el papel cuadriculado. No hay duda de que su mensaje tiene que ver con la máscara. Lo coges y lo lees en voz alta.

—Tic-tac. Dejad de jugar, el tiempo va en vuestra contra.

—¿Qué significa esto? —pregunta el agente mirándoos con severidad—. ¿Sabéis que hacernos perder el tiempo es un delito?

No sabes si el hombre está exagerando, pero desde luego no es un juego.

—¿No te das cuenta? Nadie nos va a creer. Llamemos a Amparo, por favor —te susurra Iker.

—No lo tengo claro— Echas un último vistazo al policía que no os quita ojo—. Quizá podamos confiar en él. No perdemos nada por intentarlo. Si no nos hace caso llamamos a Amparo, te lo prometo.

—Tú decides, pero ya sabes cuál es mi opinión.

Si decides pedir ayuda a Amparo pasa a la [posición 1](#)

Si decides contar al policía lo que os ocurre pasa a la [posición 4](#)

Posición 3



Decides que esto es demasiado para ti.

—Iker, ahora no estás solo. No puedo continuar con esto. Nada tiene sentido y no puedo hacer nada para ayudarte. Lo siento, pero paso.

—¿Es que no te das cuenta? Tú también estás en peligro tienes que ayudarme. No puedes negarte o te matará.

—¿Quién me va a matar, Iker? ¿Realmente crees que la tierra se ha abierto y ha escupido una máscara? Estás loco y, lo siento, profe, tú más.

—Vamos, Iker. Si no quiere ayudarnos, no podemos obligarlo, pero tenemos que averiguar qué ha pasado con la máscara.

Les ves alejarse sin que se vuelvan para mirarte. Una parte de ti desea correr tras ellos, pero tu sentido común te indica que has hecho lo correcto.

Al cruzar la calle, un coche que no habías visto te atropella. En tu cabeza resuenan unas palabras antes de que pierdas el sentido: «has perdido tu oportunidad. Estabas avisado».

FIN

Posición 4



—Escuche, señor. Sé que esto parece una locura, pero estamos en peligro de verdad. Para eso hemos venido, ¿recuerda? No sé qué más podemos hacer. Su compañera piensa que es un caso de acoso escolar, mas no es eso.

—Está bien —responde tras unos segundos el policía—. Mi turno acaba en media hora. Hablaremos entonces, podéis esperarme aquí o en la sala de espera, pasaré a buscaros cuando termine.

Compruebas si a Iker le parece buena idea, y este asiente levemente con la cabeza.

—Esperaremos dentro. —Suelta un suspiro de alivio y vuelve sobre sus pasos hasta la sala donde nos han indicado.

Varias de las personas que esperan allí a ser atendidas os miran con curiosidad. Algunas vuelven a prestar atención a sus teléfonos móviles en seguida; otras, sin embargo, os observan con descaro. Sientes que debes gritarles que se metan en sus asuntos, aunque respiras hondo y les ignoras. Inicias una conversación con tu amigo hablando sobre un nuevo juego que deseas comprar. De vez en cuando miras a los demás. Hay un hombre que no pierde detalle de todo lo que hacéis y comienzas a sentirte incómodo. Susurras a Iker que deberíais esperar fuera mientras con un gesto le indicas que se fije en él.

El hombre, de unos cuarenta años de edad, esconde sus ojos tras unas gafas de pasta marrón. Apoya su rostro bien afeitado sobre la mano derecha. Al analizar su cabello oscuro te da la impresión de que es una peluca; sientes deseos de ir a tirar de ella y comprobar si estás en lo cierto. Viste de manera informal: un pantalón vaquero desgastado y una sudadera roja.

En ese momento aparece un policía, tras llamar a una mujer por su nombre, esta se levanta y lo sigue. Eso desvía tu atención unos segundos del hombre sospechoso; cuando vuelves a mirar hacia él compruebas que ha desaparecido.

—Iker —susurras—, ¿qué ha ocurrido con el tipo que estaba ahí sentado?

—Ha ido al baño —murmura tu amigo mirando hacia el lugar donde están situados los aseos.

—¿No te parece sospechoso? No nos ha quitado ojo desde que hemos entrado.

—Sí, me he dado cuenta. ¿Quieres que esperemos fuera ahora que no está? Así nos libraremos de su escrutinio.

Justo en el instante que os vais a levantar, la puerta del servicio se abre y el hombre sale sonriéndoo. Esquivas su mirada y clavas la tuya en el piso, hasta que notas que se sienta a tu lado. Arrugas la nariz al percibir un olor dulzón y desagradable.

—¿Qué te pasa, niño? ¿Tienes algún problema? Yo podría ayudarte.

Un ligero temblor recorre tu cuerpo y te levantas. Agarras a Iker de la mano y tiras de él para que te siga al exterior.

—¡Espera! —grita el hombre que de dos zancadas se adelanta a vosotros.

No te habías fijado en lo alto que es. Lo más seguro es que mida casi dos metros. Al ver cortado vuestro camino, andáis hacia atrás alejándoos de él. Las demás personas no os prestan atención. Quieres pedir ayuda, pero ni una palabra sale de tu garganta. Abres y cierras la boca como si fueras un pez fuera del agua. Nada, silencio absoluto. Te das cuenta de que nadie habla, nadie se mueve; solo Iker y tú, y el maldito que os acorralla hasta una pared. Cuando chocáis contra ella te golpea en el pecho con la mano abierta. Jadeas con angustia pues sientes arder el lugar donde te ha tocado. El aire se espesa y no puedes respirar. Caes al suelo y te golpeas la cabeza con un ruido sordo. Cuando abres los ojos un montón de caras se agolpan sobre ti. Entre ellas distingues la de Iker y la del policía que prometió ayudaros.

—¿Estás bien? —te pregunta preocupado—. Hemos avisado al médico, no tardará en llegar.

Miras a tu amigo, está más blanco que la pared y no porque a esta le haga falta una buena capa de pintura, sino porque el miedo que refleja su rostro ha conseguido que pierda todo el color.

Al llegar el doctor aleja a todos mientras exige que te dejen aire para respirar. Tras unas preguntas sencillas decide que te encuentras bien y determina que has sufrido una bajada de tensión, sin realizarte un mayor reconocimiento. Te indica que puedes volver a casa, aunque insiste en llamar a tus padres.

—Yo los llevaré, no es necesario asustar a sus padres. —Se ofrece el agente, luego se dirige a vosotros—. Voy a cambiarme y estoy con vosotros.

—Está bien, Miguel. Como quieras. — Se despide el sanitario—. Y tú, si te vuelve a pasar algo así ve al médico y que te hagan un examen completo; aunque no creo que ese sea el caso. En este lugar hace demasiado calor y estáis muy abrigados.

—Esperadme aquí —os ordena Miguel—. No tardaré más de cinco minutos.

Afirmas y te sientas junto a Iker en un banco que está cerca de la pared. Tras observar a tu alrededor compruebas que el hombre que te ha golpeado no se encuentra en la sala.

—Cuando te dio desapareció, y cuando digo que desapareció es que lo hizo literalmente. Se esfumó, como si nunca hubiera existido, pero sobre tu pecho había esto —Iker habla en susurros a tu oído, angustiado por lo ocurrido y buscando al igual que tú al hombre misterioso.

Te muestra una hoja de cuadros doblada cuatro veces.

—¿Qué pone? —preguntas, aunque no quieres saber el contenido.

—¿Realmente no os importa vuestra vida? —lee Iker.

Sientes un terrible deseo de llorar y de huir, pero está claro que no hay lugar a donde hacerlo. En ese momento aparece Miguel. Ha cambiado su uniforme por unos vaqueros y un abrigo de plumas negro, a juego con unas deportivas. Os pide que le acompañéis desde el quicio de la puerta. Os levantáis y camináis hacia él con rapidez. No os despedís de nadie al abandonar la sala.

Salís a la calle. Miguel os conduce hasta un parque cercano. Allí os pide que le contéis lo que os ocurre. Al acabar vuestra historia os pregunta por lo sucedido los últimos días en el instituto, ya que no descarta que realmente seáis víctimas de una broma de vuestros compañeros. Después decide volver a comisaría porque necesita comprobar una cosa. Quiere ver qué ha ocurrido con el hombre misterioso, ya que él fue quien le dio la nota a Miguel asegurando que se os había caído.

Una vez dentro del edificio os pide que le esperéis fuera de la sala de vigilancia. Allí puede ver todas las grabaciones y comprobar cuándo llegó el hombre y cuándo se fue, también si lo que dice Iker es cierto y este se desvaneció en el aire.

No tenéis que esperar mucho y tras unos minutos Miguel aparece con una expresión sombría en

el rostro. Os mira preocupado mientras parece elegir las palabras correctas antes de hablar.

—Creo que, o las cámaras han dejado de funcionar o nos estamos volviendo todos locos. No hay ningún hombre como el que hemos visto en las grabaciones.

—¡Pero él me agredió! Lo vi y lo sentí; su mano ardía cuando me empujó —protestas, incapaz de contener tu rabia.

—¡Cálmate! No digo que no te crea, pero..., pasad. —Abre la puerta de la sala y os presenta al policía encargado de la supervisión del panel—. Por favor, muestra a estos chicos la grabación que te he pedido antes.

Atónitos observáis como lo que os ha contado Miguel es cierto. No hay ningún hombre con vosotros, ni siquiera cuando os levantáis y camináis de espaldas a la pared hasta chocar contra ella; tampoco cuando caes al suelo y te golpeas la cabeza perdiendo el sentido. Sí muestra como todos los presentes acuden en tu ayuda.

—¡Mirad! —grita Iker.

—¿Qué? —pregunta Miguel sobresaltado por la voz.

—¿Puedes echar un poco para atrás la grabación? —El técnico afirma y rebobina hasta que tu amigo le pide que la reinicie, justo en el momento en el que caes una sombra se mezcla con las personas que se levantan.

—¿Qué es eso? —pregunta Miguel a su compañero—. ¿Puede ser un fallo del sistema?

—Lo dudo, tendría que analizarlo con detenimiento, aunque parece algo material, quizá humo; como si alguien estuviera fumando o hubiera quemado un papel y se alejara con él hacia la salida.

—Sería un cigarro enorme —sugieres al ver el tamaño de la sombra, pese a ser casi traslúcida.

—Lo estudiaré y te llamaré si consigo descifrar algo que merezca la pena. Ahora no puedo desatender la vigilancia por más tiempo.

—Claro, claro. Muchas gracias por todo. —Miguel se despide y os empuja hacia fuera del cuarto.

Un extraño picor comienza a hacerse insoportable en la zona del pecho. Te desabrochas el abrigo y al levantar el jersey tus dos compañeros acallan un grito de asombro. Miras hacia la zona que te molesta y distingues una marca; parece haber sido hecha con un hierro incandescente similar al que se usa para marcar a las reses.

—¿Qué demonios es eso? —susurras a la vez que recorres con un dedo el contorno redondo de tu quemadura.

—Es un reloj. —Iker lo toca con temor—. Y sus manecillas marcan las doce en punto.

Iker separa la mano de tu piel, entonces sientes como si tu pecho se retorciera hasta desgarrarse. Compruebas que no es solo una sensación, sino que es real por la expresión de tus amigos.

—El reloj se ha ajustado a la hora actual —comenta Miguel comprobando su propio reloj de pulsera—. Es una cuenta atrás. Debemos darnos prisa.

—¿Qué hacemos? —preguntas con desesperación notando como tu piel se desgarrar con cada movimiento de las manecillas—. Tenemos que encontrar a ese hombre. Él es la clave de todo esto. Estoy seguro de que está muy cerca de nosotros.

—Creo que ese hombre nos encontrará solo cuando él desee y no al revés. Lo mejor es ir a vuestro instituto y tratar de averiguar algo sobre esa máscara.

—Pero estamos en vacaciones —protesta Iker—. Hasta enero no lo abrirán.

—No te preocupes, el conserje tiene que estar ahí. Vive ahí, eso no es un verdadero problema.

—¿Por qué tendríamos que ir al instituto? —Preguntas asombrado.

—Porque esa nota parece sacada de un cuaderno de los que usáis para tomar apuntes —explica el policía.

—Pero ahora no hay ningún alumno. No tiene ningún sentido. E insisto, no es un tema de acoso escolar. ¿Tú sabes algo que nosotros no?

—Os piden que la devolváis al instituto, quizá el conserje conozca la existencia de algún objeto o de algo que pueda darnos una idea. Además, decís que llevasteis una caja cuyo contenido desconocéis, ¿no estaría ahí oculta esa máscara?

Iker y tú os lanzáis una mirada de curiosidad, ¿realmente estaría guardada la máscara en esa caja.

Si decides buscar al hombre misterioso por la comisaría pasa a la [posición 6](#)

Si decides ir al instituto pasa a la [posición 7](#)

Posición 5



Te levantas y caminas junto a ellos hasta llegar al coche de Amparo. Subes al asiento trasero y te atas el cinturón. Cuando Iker y la profesora están preparados, esta arranca el motor y acelera. Nunca imaginaste que esta mujer fuera una conductora de carreras, pero viéndola conducir lo parece. Toma las curvas a gran velocidad y no puedes evitar exclamar cuando tiene que hacer un giro cerrado a la derecha:

—Curva cerrada a la derecha, ras¹.

Iker se vuelve hacia ti y estalla en una sonora carcajada, tú ríes con él y notas como parte de la tensión desaparece. Amparo, por el contrario, sigue concentrada en la carretera y en su particular competición. Cuando llega a la entrada del instituto estás seguro de que tirará del freno de mano y aparcará con un genial derrape. Para tu desilusión, la mujer afloja la marcha y aparca como una conductora precavida.

—¡Vamos, Luis Moya!² No hay tiempo que perder. —Te guiña un ojo antes de bajar del coche.

Os dirigís hasta la puerta que, como imaginabas, está cerrada. Amparo llama al timbre mientras busca en el interior de su bolso. Os muestra un llavero.

—En caso de que el conserje no nos abra dispongo de un plan B —explica haciendo tintinear las llaves.

No es necesario poner en marcha ese plan, pues una voz carrasposa se escucha por el interfono tras la tercera llamada.

—¿Quién es?

—Soy Amparo, Javier. Necesito comprobar una cosa, ¿puedes abrirme?

Después de casi un minuto de silencio y de dos llamadas más por parte de la profesora, acompañadas de unos cuantos improperios, se escucha el sonido del timbre que abre la puerta. Amparo la empuja con fuerza y os deja pasar delante de ella, aunque después os adelanta hasta llegar a la puerta principal.

Javier abre y os lanza una mirada que te hace estremecer. Nunca te ha gustado ese hombre, a pesar de que nunca te ha dado motivo para tu animadversión hacia él. Sin embargo, ahora tu intuición te dice que algo muy malo habita en su interior.

—Quizá deberíamos irnos —susurras a Iker.

Este no contesta, mas por su expresión intuyes que piensa lo mismo que tú.

—¿Qué hacen ellos aquí? —pregunta mientras os señala con un dedo.

—Vienen conmigo, necesitamos ver una cosa. ¿Recuerdas que el último día de clase estos chicos entregaron una caja a secretaria?

Javier guarda silencio sin quitarnos la vista de encima. Sientes deseos de sacudirlo por los hombros y decirle que espabile, que no es tan complicado lo que le han preguntado, pero aguardas en silencio como los demás.

—Yo no sé nada de eso. Si lo llevaron a secretaría... allí estará. No es conmigo con quien deberías hablar. Yo no lo guardé.

—Está bien. —Amparo resopla—. Entonces yo me ocuparé, voy a secretaría a ver si la encuentro, no hace falta que nos acompañes, ya te avisaré cuando nos vayamos.

—¿Por qué es tan importante esa caja? —pregunta a modo de respuesta.

—Creo que se me cayó un colgante dentro, necesito recuperarlo.

—Usted nunca lleva colgantes —Javier es consciente de que miente.

—Por eso mismo no lo eché en falta hasta hoy que fui a buscarlo. No estoy acostumbrada a llevarlos, se me debió de caer en su interior; estoy casi segura de haber escuchado un ruido al que no di mayor importancia. Por eso creo que debe de estar ahí. Me he encontrado con los chicos cuando venía hacia aquí y les he preguntado. Ellos tampoco saben nada. Sin embargo, han venido por si necesitan ayudarme a buscar en las aulas.

El conserje os observa con sus ojos hundidos y su boca recta que no transmite ninguna emoción.

—Más vale que esté dentro de la caja, porque si no, ya no lo encontrará. Se limpiaron las clases y el servicio de limpieza no dejó nada en objetos perdidos ni me entregó nada. Lo habrá perdido en otra parte.

—Bueno, vamos a mirar la caja. Si no está ahí, ya veré qué hacemos, o ¿acaso tienes algún problema con que lo haga? —La impaciencia se escapa sin disimulo en su voz—. Vamos, chicos.

Esquiva al hombre y se dirige a la secretaria a la vez que comprueba que la seguís. Al llegar al lugar notas una pesada respiración en tu hombro. Gritas al ver a Javier pegado a tu espalda.

—Tranquilo, muchacho. —Posa su mano en tu hombro mientras sonrío enseñando unos dientes oscuros—. Solo vengo a abrir la puerta; está cerrada.

—Lo sé y tengo las llaves.

—No te molestes, Amparo. Estoy aquí para ayudarte.

Ninguno de los tres cree sus palabras. Se adelanta y abre la puerta permitiéndoo el paso a su interior. Algo te indica que debes esperar fuera.

—Si te parece bien, Amparo, nosotros te esperaremos aquí. Para no ver la combinación de la caja fuerte —te justificas con una sonrisa.

Iker te mira asombrado, pero comprende tus motivos cuando haces un gesto con los ojos hacia el conserje.

—Sí, yo también creo que es lo adecuado.

Amparo insiste en que la acompañéis al interior.

—No seáis cabezones, chicos. Necesito testigos que demuestren que no cojo nada de lo que hay en la caja fuerte. Que solo miraré si está la caja que buscamos. ¡Vamos!

Si decides entrar pasa a la [posición 12](#)

Si decides quedarte fuera pasa a la [posición 8](#)

[1.Lenguaje usado automovilístico usado por los copilotos de rallies para dar indicaciones a los pilotos. «Ras» es una contracción de «arriesgar», significa tomar la curva apurando al máximo la línea interior de la misma.](#)

[2.Luis Moya es uno de los copilotos de rally más laureados de la historia del Campeonato Mundial de Rally. Ha competido toda su vida con el](#)

también español Carlos Sainz, con el que obtuvo dos títulos en 1990 y 1992.

Posición 6



—Ese hombre tiene que estar aquí y pienso encontrarlo —gritas mientras corres por el pasillo perseguido por tu amigo y el policía.

—¡Para! —grita Miguel—. Te vas a meter en un buen lío, y me meterás a mí también.

Te da igual lo que te digan y corres como si el mismísimo diablo te persiguiera. Afortunadamente eres el mejor deportista de la escuela y das gracias por tu agilidad. Giras por un pasillo a la izquierda y te encuentras unas escaleras que subes de dos en dos, agarrado a la barandilla para ayudarte. Tras de ti escuchas los pasos de los otros dos y la respiración agitada de ambos. No te giras, sabes que ese pequeño gesto sería una pérdida de tiempo y, aunque no sabes dónde vas, solo sientes que debes continuar corriendo.

Llegas al primer piso, haces un barrido visual en segundos. La piel de tu pecho arde, jadeas por el dolor y el esfuerzo, pero no puedes detenerte ahora. Algo te llama y debes acudir a ello, es una fuerza superior a tu razón. A tu izquierda un fognazo se aprecia tras una puerta. Es la señal, lo sabes y avanzas veloz hacia allí.

Intentas abrir la puerta, sin embargo, esta parece estar cerrada con llave. Un nuevo resplandor seguido de una silenciosa detonación te aleja de la puerta como si te hubieran golpeado en el estómago.

Gruñes enfurecido y te lanzas con rabia hacia esa puerta para golpearla con fuerza con tu cuerpo. La cerradura cede y se abre; caes al suelo cegado por un fuerte haz de luz que desprende un objeto sobre la mesa.

Tras de ti, Iker y Miguel, se tapan los ojos deslumbrados. La habitación se ilumina con una potente luz dorada una vez más, por lo que cubrís vuestros ojos con las manos hasta que poco a poco se apaga.

Te levantas del suelo y te acercas hasta la mesa, el lugar de donde provenía la emisión. Los papeles y carpetas que hay sobre ella están amarillentos y ajados, como si cientos de años hubieran pasado desde que los colocaran allí. Un marco con una foto de un hombre sujetando a un niño de la mano capta tu atención. El rostro del pequeño te resulta familiar. Se la muestras a tus compañeros que se han acercado hasta ti y ya no parecen querer detenerte; al contrario, su estupor es similar al tuyo y su deseo de descubrir lo que ocurre también.

—¿Os recuerda a alguien este niño? —preguntas.

Miguel te quita el portafotos y observa atentamente hasta que exclama:

—¡Es él! Es el hombre misterioso cuando era niño.

—Pero, ¿quién es y por qué hay un cuadro suyo aquí? ¿A quién pertenece este despacho? —pregunta Iker de forma atropellada.

—No tengo ni idea. —Miguel se dirige hasta el exterior y cuenta las puertas una y otra vez—. Esta habitación no debía de estar aquí. No existe.

Ahora sois vosotros los que le miráis atónitos.

—«Si esta habitación no existe, ¿dónde estáis?» —piensas y añades en voz alta—: Estamos muertos. Por eso hemos visto la luz. Estamos en otra dimensión.

Iker te golpea en la cabeza.

—¿Tú estás tonto? No estamos muertos o, acaso, ¿no has notado mi golpe?

—Sí, lo he notado. —Para demostrar que es así te frotas el lugar donde te ha pegado—. Pero, ¿qué otra explicación puedes darme? ¿Es que algo de lo que está pasando hoy tiene sentido? Te recuerdo que fuiste tú el que me metiste en este problema. ¡Esto me pasa por ayudarte!

—Vale, yo te pedí ayuda, y también te recuerdo que fuiste tú el que quiso venir aquí. El problema ahora es tuyo. Tú tienes un reloj tatuado que funciona como uno real, no es culpa mía...

—¡Basta! No sacaremos nada discutiendo. Ni estamos muertos ni vamos a estarlo. Sin embargo, debemos resolver este misterio, seguro que hay una explicación racional para todo esto. —Miguel termina con vuestra discusión. Se acaricia el mentón y avanza hasta la mesa. Se sienta en la silla y el polvo que se eleva al hacerlo le envuelve unos segundos. Tose y agita las manos para disiparlo. Abre un cajón y vuelve a cerrarlo.

Tú coges los papeles que hay sobre la mesa y les echas un vistazo. Parece ser el expediente de un caso para un detective privado. Está escrito a máquina y tiene alguna anotación a mano en los márgenes con una letra prácticamente ininteligible; desde luego quién escribiera eso no era la misma persona que escribió las notas que habéis estado recibiendo.

No hay nada que relacione ese caso con lo que estáis buscando. Por lo que deduces, una mujer debió de contratar sus servicios para resolver un caso de una supuesta infidelidad de su marido. Hay anotaciones sobre dónde y con quién se reunía el hombre, aunque aún no hay conclusiones. Te detienes al final y revisas otra vez todo el documento. Te preguntas si la persona que ha escrito esto sería el mismo hombre que da la mano al niño en la foto.

—Este informe es de 1919. Si el niño es nuestro hombre misterioso, lo que nos ha visitado es un fantasma —susurras como si al hablar más alto ese hombre fuera a enterarse de tus pensamientos.

—Déjame ver —pide Iker mirando al lugar donde señalas con el dedo. Ahí mismo aparece la fecha: «veintisiete de diciembre de 1919»

Miguel deja de rebuscar en los cajones y os presta atención.

—Hoy hace cien años justo de eso. ¿Tendrá algo que ver? —Arranca el informe de la mano de Iker, pero al hacerlo el papel se convierte en polvo que cae sobre la mesa. —¿¡Pero qué demonios!?! —su voz demuestra un claro disgusto por el suceso—. ¿Qué decía el informe?

—No parecía nada importante o relacionado con lo que nos importa. Una mujer creía que su marido la engañaba. Espera —anuncias con emoción—, junto a la fecha había una dirección escrita: «avenida de la reina, 18». ¡Eso es! Tenemos que ir ahí, por eso lo ha destruido, no quiere que lo hagamos, aunque no podrá detenernos. ¡En marcha!

—Creo que antes de irnos deberíamos buscar algo más aquí. Quién sabe si eso no es un mero despiste y lo que buscamos está aquí escondido.

Si decides ir a la dirección pasa a la [posición 10](#)

Si decides quedarte e investigar un poco más pasa a la [posición 13](#)

Posición 7



La comisaría no está lejos del instituto por lo que camináis hasta allí. Al llegar a la puerta Miguel llama al timbre. Nadie responde, insiste un par de veces más con el mismo resultado. Saca el móvil y marca un número.

—Buenas tardes, soy Miguel, de la Policía Nacional, necesito que me abra la puerta. Estoy llamando y nadie responde. —Aguarda un momento en silencio—. Sí, espero. Gracias. —Guarda el teléfono y os explica—: dice que ahora viene, que el timbre está desconectado porque los niños gastan muchas bromas y cuando acude no hay nadie...

Apenas acaba de hablar cuando el conserje aparece en la puerta con un llavero. La desconfianza se dibuja en su rostro siempre avinagrado. Miguel saca la cartera de uno de los bolsillos del abrigo y le muestra su identificación a Javier, el conserje. Este le pregunta por el motivo que os ha llevado a acudir al Instituto en vacaciones sin desviar la vista ni de ti ni de Iker.

—Me han informado de un robo que se ha producido en las instalaciones.

—¿Quiénes, ellos? —Os señala con el dedo para después reír ruidosamente.

—Agente, por favor. Son críos, parece mentira que no los conozca, todos son iguales. Si pueden enredar o liar cualquier tontería, lo harán, no le quepa la menor duda. Son así. Todos son así.

—¿Tiene algún problema en que pasemos y compruebe lo que digo o aviso a mis compañeros para que vengan con una patrulla? Todos perderemos el tiempo inútilmente, aunque si es necesario no tengo ningún inconveniente en llamarlos. —El policía saca el teléfono otra vez.

—No hace falta. Solo le digo que pierde el tiempo creyendo a niños. Pasad.

Aunque trata de mostrar amabilidad, su voz y la rigidez de su cuerpo al hacerse un lado para abrir el camino demuestran lo contrario.

—¿Podría decirme si hay alguna máscara de valor en el centro? —pregunta Miguel caminando tras él.

—¿Aquí? No, señor. Solo están las máscaras que hacen los críos para carnaval, si eso es valioso, entonces, sí. Hay varias.

—El último día de clases estos chicos bajaron una caja a secretaría. ¿Podemos mirar a ver si sigue ahí? —Miguel se da cuenta de que el conserje no será de gran ayuda.

Javier se encoje de hombros y señala hacia la puerta sobre la que hay un cartel que indica que es el sitio al que quiere ir: «secretaría». Abre la puerta en silencio.

—No sé qué pretende encontrar, pero puede mirar. No desordene nada.

—No tocaré nada que no sea la caja esa —asegura Miguel—. ¿Cómo era chicos?

Javier te empuja hacia el interior de la habitación. Tú te giras molesto y le lanzas una mirada asesina antes de darte cuenta de que en su mano porta una pistola.

—¡Cuidado! —gritas llamando la atención de tus compañeros.

Miguel se adelanta y saca su arma. Iker se tira al suelo y busca el móvil para llamar a alguien.

—¡Tira el arma! —pide el policía con voz calmada mientras apunta al conserje sin que le tiemble el pulso.

Te echas a un lado y consideras que este sería un buen momento para huir.

Si decides huir pasa a la [posición 9](#)

Si decides ayudar pasa a la [posición 17](#)

Posición 8



Esperáis fuera mientras Amparo marca la clave en la caja fuerte, tira de la puerta y saca la caja de cartón que llevasteis el otro día. No hace falta que la abra para que comprenda que está vacía; aun así, lo hace. Os mira preocupada mientras saca de su interior el dibujo de una máscara que pretende emular a la original, realizado en una hoja de cuadros similar a la de los demás mensajes. Parece realizada con descuido a lápiz, aunque bajo ella está escrita, con la elegante caligrafía que ya conocéis, la expresión «tic-tac». Sus sospechas se han hecho realidad y las amenazas cobran fuerza. Os acercáis para ver con más detalle el dibujo, oportunidad que aprovecha Javier para cerrar la puerta con llave.

—¿Por qué nos encierra? —Amparo es incapaz de disimular su sorpresa—. No os preocupéis, chicos; tengo las llaves. Aunque ahora tengo claro que él está involucrado en el robo de la máscara.

A pesar de saber que estáis atrapados intentas abrir la puerta. Le das una patada después de mover con fuerza la manija. Iker la empuja con rabia también.

—Os he dicho que tengo las llaves —insiste Amparo apartándoos para tratar de girar la llave, pero esta se queda en la misma posición por más fuerza que aplica la profesora, que desiste con un profundo suspiro—. ¡Ha debido dejar la llave puesta por fuera! Voy a llamar a la policía.

Saca su teléfono y marca un número. Espera en silencio al igual que vosotros. Cuelga y vuelve a marcar.

—¿Qué ocurre? —pregunta Iker claramente preocupado.

—No lo sé. Nadie contesta a pesar de que el teléfono da línea.

—¿A quién has llamado? —preguntas.

—Al 112 —susurra sin apartar el móvil de su oreja.

Iker saca su teléfono y marca también.

—Llamo a mi madre —informa—. ¡Mierda! —exclama mientras se apoya en la mesa de la secretaria—. Tampoco ella coge el teléfono.

—Yo no he traído el mío. —Te encojes de hombros.

Amparo sigue probando con el teclado; pasados unos minutos desiste. Su rostro se muestra desolado cuando guarda el teléfono en el bolso.

—¡Espera! —grita Iker—. Te llamaré, solo quiero comprobar qué no están estropeadas las líneas.

—He llamado al teléfono de secretaria y no sonó. Yo también pensé eso, pero prueba a ver —contesta la profesora.

Tu amigo marca y espera con impaciencia. En la pantalla de su teléfono se lee el nombre de la

mujer y el icono de llamada en curso; sin embargo, ningún timbre demuestra que la conexión se haya establecido. Amparo comprueba su dispositivo, en el que todo parece correcto. Cuando el sonido de los tonos se corta ambos guardan sus móviles desesperanzados.

—No tiene sentido —expresas en voz alta los pensamientos de los otros.

—No lo tiene, pero debemos salir de aquí. ¡Javier, déjenos salir! —grita la mujer.

En el exterior se escuchan pasos corriendo que parecen subir las escaleras, incluso alguna risa ahogada que te congela la sangre.

—¿Vosotros lo oís? —preguntas totalmente desconcertado. Ambos asienten.

El silencio vuelve a adueñarse del lugar y pegas la oreja a la puerta aguzando el oído todo lo posible. Te separas e intentas girar la llave que Amparo dejó puesta en la cerradura, al igual que a ella te resulta imposible. Pateas la puerta y maldices tu suerte.

Te acercas a la ventana y subes la persiana. Los barrotes de la reja están demasiado juntos como para que te entre ni siquiera la cabeza, aunque lo sabes, abres la ventana y lo compruebas. Tal y como pensabas tu cabeza choca contra los hierros que impiden que salgas al exterior. Agarras la reja y tratas de moverla, pero es inútil. Amparo e Iker te miran en silencio. Te apoyas en la pared y te dejas escurrir hasta el suelo. Aunque un segundo después te levantas, coges el dibujo de la máscara y lo observas con atención. Instintivamente diriges tu mirada al reloj de la pared. Su sonido se hace más fuerte y martillea en tu cerebro.

Acercas una silla a la pared y subes. Descuelgas el reloj y tras la esfera encuentras otra nota. La abres y lees en voz alta:

—Si crees en mí te ayudaré a salir. ¿Qué significa esto? ¿En qué tengo que creer?

—Está claro, en la máscara —te contesta Iker.

—¿Cómo voy a creer en algo que no he visto, que no sé qué es y que solo nos está trayendo problemas? —No puedes evitar demostrar tu enfado.

—Por eso mismo, tiene que ser real y de un poder muy fuerte —insiste tu amigo.

—¡Qué fuerte ni qué porras! El poder está en esa reja y en la puerta cerrada gracias a ese maldito conserje.

Una mirada cómplice entre tu amigo y la profesora acompañada de una ligera sonrisa te hace sospechar de ellos.

—¿Qué estáis ocultando? ¿Creéis que no me doy cuenta de vosotros y vuestras intenciones?

—¡Estás enloqueciendo! —Amparo parece realmente ofendida—. ¿Qué intenciones vamos a tener a parte de querer salir de aquí como tú?

—No lo sé —respondes mientras descuelgas el teléfono y comienzas a marcar un número.

El móvil de Iker suena en ese mismo instante. Le acusas con la mirada. Cuelgas, pero el timbre de llamada sigue sonando. Deseas arrancar el aparato de sus manos, también Amparo mira con impaciencia a tu amigo esperando a que este conteste.

—No sé quién es —os dice, luego saluda con voz temblorosa—. Hola, ¿quién es? Un momento... quiere hablar contigo. —Te ofrece el aparato.

—¿Quién? —le preguntas susurrando a lo que él responde encogiéndose de hombros.

Sujetas el teléfono con cuidado y aguantas la respiración cuando preguntas al interlocutor por su identidad. Solo el silencio te responde. Vuelves a preguntar y esta vez puedes oír una respiración pesada y profunda que consigue que todo el vello de tu cuerpo se erice.

—¿Quién es? Sé qué está ahí. Le estoy escuchando. —Nadie responde; vas a colgar cuando una voz ronca deletrea:

—T, i, c, t, a, c. Esto es el final.

La luz de la habitación se apaga y la persiana cae hasta abajo con un ruido sordo. Os quedáis en la oscuridad, solo la luminosidad que emite el móvil te permite ver los movimientos de tus compañeros. Amparo junto a la ventana, e Iker que se acerca a ti y te aferra con fuerza del brazo. El sonido de una llave al girar en la cerradura consigue que todos os volváis hacia la puerta. Esta comienza a abrirse con lentitud. Buscas algo con lo que defenderte; encuentras una grapadora y la sujetas como si fuera un arma de fuego. Si alguien entra le graparás el ojo si hace falta. Sabes que eso es absurdo, pero no te ha dado tiempo a encontrar nada más peligroso. Sin embargo, no tienes necesidad de usarla porque la puerta queda entreabierta. Te asomas con cuidado a la vez que Iker se aferra con más fuerza a tu brazo y camina a tu lado.

En el exterior todo está silencioso y no se distingue a nadie cerca, quien haya abierto la puerta debe de ser muy rápido y sigiloso. Un sonido procedente de la biblioteca te demuestra que es posible que la persona que os ha liberado se haya escondido ahí. Amparo se adelanta a vosotros y se dirige a esa estancia, aunque se detiene al escuchar pasos corriendo en la planta de arriba. Al fondo se escucha un portazo de la puerta que da al patio.

—Amparo, ¿tienes las llaves? —Ella asiente mientras te las muestra—. ¡Genial, vámonos!

En ese momento ves que Iker corre escaleras arriba mientras grita:

—¡Veo la máscara! Está ahí. ¡Vamos!

—Tal vez deberíamos mirar quién ha salido al patio —propone Amparo.

—¡Venid! —insiste Iker.

—Creo que deberíamos irnos antes de que sea demasiado tarde. —Te diriges hacia la salida.

—Volved los dos aquí, ¡ahora! Hagamos lo que hagamos iremos juntos —pide Amparo.

Si coges las llaves de Amparo y escapas pasa a [posición 16](#)

Si sigues a tu amigo pasa a la [posición 14](#)

Si haces caso a la profesora y vas al patio pasa a la [posición 18](#)

Posición 9



Corres con desesperación. Sabes que eres un cobarde, pero tu instinto de supervivencia es superior a cualquier cosa. El ruido de un disparo atruena tus oídos. Te vuelves a mirar. Javier se gira en ese instante y vuestras miradas se cruzan. Te alejas aún más rápido y sales del edificio. Al llegar a la puerta que da a la calle maldices tu suerte; está cerrada con llave. Trepas por la valla y saltas a la calle. Cruzas la carretera sin mirar si vienen coches. Un vehículo se detiene con un chirrido a escasos milímetros de tu cuerpo. Javier te apunta con la pistola y dispara segundos después de que tú saltes y te pongas a salvo detrás del coche.

—Ayúdeme —pides golpeando la ventanilla a la vez que las lágrimas se vierten de tus ojos.

El conductor abre la puerta, sin embargo, no llegas a entrar. Se oye otra detonación. Puedes ver al conserje caer al suelo y a Miguel de pie, apoyado en el quicio de la puerta. Se lleva la mano al abdomen para tapar su herida. Apenas unos segundos después las sirenas de una patrulla de policía anuncian la llegada de los refuerzos.

Javier grita tirado en el suelo:

—Él me obligó, él me obligó. Os matará a todos... y a mí también. ¡Malditos seáis! —Se agarra la pierna izquierda, lugar donde se ha instalado la bala disparada por el agente. Llora, aunque nadie sabe si es por el miedo o el dolor.

Una ambulancia traslada a Miguel al hospital. A Iker y a ti os llevan a comisaría a prestar declaración, después de llamar a vuestros padres. Relatáis todo lo que ha sucedido ese día. Desde las notas hasta el hombre misterioso, incluso explicáis la existencia del despacho fantasma.

Os acompañan a la planta donde supuestamente estaba la oficina del detective del siglo pasado. Allí solo hay un archivo lleno de cajas y carpetas.

Pedís ver las grabaciones en las que el hombre misterioso desaparece. En ellas no aparece él, y esta vez tampoco se distingue su sombra. Iker rebusca en sus bolsillos para mostrar las notas, no obstante, una ráfaga de aire las arranca de sus manos y las hace volar a través de la ventana. Os asomáis y las veis alejarse hasta que se pierden en la distancia.

El sonido de un reloj se escucha con fuerza: tic-tac; durante unos segundos ese sonido martillea vuestros oídos para ir disminuyendo su intensidad hasta quedarse totalmente en silencio.

Vuestros padres os miran con preocupación sin saber qué decir.

—Es por culpa del shock —justifica uno de los policías que os acompaña.

El sonido del teléfono hace que deis un salto por el sobresalto.

—Chicos, el conserje guardaba un alijo de droga en el instituto. Buen trabajo, gracias a eso podremos cerrar una operación que hay en marcha. ¡Enhorabuena! Sois unos héroes muy valientes.

Iker y tú os miráis. Os encojéis de hombros y os volvéis a casa con vuestros padres.

Al día siguiente volvéis a ver a Miguel, que se recupera favorablemente en el hospital. Por

fortuna la bala no dañó ningún órgano ni afectó a ninguna de las principales venas, por lo que le darán el alta en unos días. Aunque se sorprende por lo que le contáis, asegura que es mejor así.

—Además, ya podéis estar tranquilos, el tiempo que os daba la nota ha expirado y estáis vivos —os anima.

Unas semanas después el alcalde os entrega una condecoración al valor por vuestros actos y os declara hijos honoríficos de la ciudad.

Después de todo no acabó tan mal.

FIN

Posición 10



Convences a tus compañeros para que investiguéis qué se esconde en esa dirección. No perdéis nada por hacerlo y es posible que la clave se encuentre en ese lugar.

Miguel os lleva hasta allí en su coche. Iker y tú comentáis que os hubiera gustado más poder ir en un coche patrulla con la sirena puesta, pero Miguel aparte de negar con la cabeza no hace ningún comentario más. Enciende el navegador, lo que consigue que cuchicheéis debatiendo si un policía debería conocer todo el callejero de la ciudad o por el contrario con la ayuda de la tecnología es suficiente.

No tardáis más de diez minutos en llegar. Para vuestra fortuna la calle apenas está concurrida y encontráis aparcamiento bastante cerca de vuestro destino. Camináis hasta el número indicado. Ante vuestros ojos se encuentra una discreta tienda de antigüedades.

Entráis. El sonido de uno de esos artilugios de tubos y cascabeles anuncia de vuestra llegada al dueño cuando abris la puerta. El interior huele a polvo, a moho y a viejo. Te tapas la nariz de forma instintiva y observas con atención la aglomeración de cuadros, muebles, objetos de diversa índole que abarrotan el establecimiento.

Un hombre de edad incalculable aparece frente a vosotros luciendo una desdentada sonrisa. Sus ojos escondidos entre unos párpados caídos y arrugados se entrecierran aún más cuando os estudia con detenimiento. Su rostro te recuerda al de una momia, con la piel arrugada como cuero ajado por los años. Es tan flaco que el traje gris con raya diplomática que viste, planchado a la perfección, parece mantenerse flotando sobre unos zapatos que, o bien son de principios del siglo pasado o son una excelente réplica de los usados en los alegres años veinte, en los que el negro y blanco se mezclaban en la confección del calzado masculino.

—Buenas tardes, caballeros, ¿en qué puedo ayudarles? —Al contrario que su aspecto, su voz es grave y juvenil como la de un barítono.

—Buenas tardes —responde Miguel con una gran sonrisa—. Nos preguntábamos si entre sus reliquias se encontraría una máscara con algún sentido espiritual o religioso. Una máscara sagrada.

—¿Una máscara sagrada? —Se rasca la barbilla—. ¿Para qué la quieren, alguna representación de teatro, para un baile, quizá para carnaval? —En su mano aparece, como por arte de magia, una máscara veneciana—. ¿Algo así? —Se la coloca sobre el rostro y se reverencia ante vosotros como lo haría ante una dama justo antes del baile en un palacio real.

Aguantas la risa, y no puedes evitar preguntar:

—¿De dónde la ha sacado?

—No creas todo lo que ves, muchacho. A veces solo son ilusiones, deseos... —sonríe con malicia al mostrar sus manos vacías otra vez.

—¡Qué demonios! —exclama Iker impresionado.

Si Miguel se ha sorprendido ante ese juego de ilusionismo no lo demuestra e insiste:

—No es una máscara de ese tipo. Debe de ser alguna que se usara para realizar algún ritual o algo similar.

—Espere, caballero. Es posible que busque algo así.

De su bolsillo extrae una hoja de papel cuadriculado, lo que hace que vuestros ojos se abran por la sorpresa y os miréis al reconocerlo como el mismo del resto de las notas que os están llegando. Lo plancha con sus huesudas manos antes de mostrárselo al policía. Iker y tu estiráis el cuello para poder observar el contenido del pliego. Dibujada sin muchos detalles se aprecia la forma de una máscara. Ríe como si se tratara de una broma fantástica, luego te mira directamente.

—El paso del tiempo es doloroso, ¿verdad, muchacho? Puedo escuchar su sonido, noto como te debilitas, porque, ¿qué es el tiempo? Quizá este segundo sea una eternidad para un ser efímero, aunque un siglo puede ser nimio para un ser inmortal. Quizá debieras detener ese reloj, pero necesitas esto. —Exhibe su dibujo delante de tu rostro con una mueca burlona.

Tus amigos se mantienen inmóviles, congelados o muertos. Sientes un vértigo y la habitación comienza a girar a gran velocidad. Necesitas agarrarte a algo, pero no puedes y notas como tu cuerpo se desploma lentamente; sin embargo, no llegas a caer, te quedas flotando en el aire con los ojos cerrados. Una sensación de calma te invade y te adormeces. Una sacudida te saca de tu trance.

—Pensaba que dormirías toda la vida —te reprocha frente a ti un hombre joven.

—¿Qué... qué ha pasado? —preguntas aturdido estudiando el entorno que no llegas a reconocer—. ¿Quién eres tú? ¿Cómo he llegado hasta aquí?

—Haces demasiadas preguntas, muchacho. ¿Acaso eso tiene alguna importancia?

La voz de ese hombre te resulta familiar, aunque podrías jurar que jamás lo has visto.

—¡Andando! No tenemos todo el día o, ¿te has olvidado del reloj?

Nada más pronunciar esas palabras notas como tu pecho se rasga y no puedes contener un grito de dolor. Tocas tu pecho y compruebas que has perdido tu abrigo. Solo te cubre una especie de camisa áspera y sucia, que se tiñe de rojo donde tu piel se ha abierto al moverse las manillas del reloj que el hombre fantasma tatuó en ella.

—Te estoy avisando, ¿quieres darte prisa? Tenemos que devolver la máscara a su lugar antes de que el tiempo se acabe. Eres el amo de las horas; solo debes ganar tu poder antes de que este te sea arrebatado. Esta es tu prueba y yo soy tu guía. No podré ayudarte más si no te apremias.

—¡Tú eres el hombre de la tienda!

—Sí, sí, lo soy, pero no te voy a dar ningún premio por averiguarlo. Tampoco era tan difícil —gruñe por lo bajo mientras sus piernas se mueven a tal velocidad que te cuesta seguirle.

—Y, ¿dónde vamos?

—¿Es que tú no escuchas? No eres capaz de prestar atención a nada de lo que te digo, ¿verdad? —Su voz sigue siendo de barítono, a pesar de hablar entre dientes.

—Es que no me lo has dicho —protestas.

—Bla, bla, bla. Quizá así lo entiendas —se burla sin dejar de andar a largas zancadas.

—Claro que lo entiendo. Es tu problema, no el mío. Si yo muero, tú también. Eso es lo que te preocupa. Me da igual, ¿quién dice que no vas a matarme después de hacer lo que se suponga que debo hacer?

—Cada día los mandan más tontos. —Suspira deteniéndose de golpe por lo que te chocas contra él—. Niño, yo estoy muerto o más bien, ni siquiera existo, solo estoy aquí porque me

necesitas. Soy eterno, porque soy el principio y el fin. Cuando acabe comenzaré y cuando me inicie llegaré al final, porque ¿dónde está el principio o el fin de un ciclo, de un círculo? Ahora, ¿quieres seguir jugando o podemos movernos?

—¿Qué pasa si no lo hago? —Preguntas a la vez que te cruzas de brazos desafiante.

—Mandarán a otro y espero que no sea tan necio como tú.

—¿Qué pasó con el que estaba antes que yo? Porque hubo más, ¿verdad?

—Siempre hay más —responde alejándose de ti.

—¿Qué les pasó? —insistes sin moverte de tu sitio.

—Perdieron la maldita máscara. Por eso tú debes encontrarla y usarla, restablecer el equilibrio. Tic-tac...

Sigue caminando sin volverse a mirarte. Tú observas lo que hay a tu alrededor. Todo lo que tu vista alcanza a ver es fina arena de desierto. Ese es el único componente del paisaje. Estupefacto contemplas como el hombre es absorbido entre un remolino de polvo mientras grita: «Tic-tac»

Si vas a ayudarlo pasa a la [posición 15](#)

Si tratas de encontrar una salida pasa a la [posición 11](#)

Posición 11



«Esto es absurdo» piensas y corres en dirección contraria. Estás seguro que debe existir alguien o algo que te ayude a salir de este mundo y te devuelva a tu hogar. Tus piernas se mueven sin descanso, aunque no pareces moverte del sitio.

Te levantas la camisa que te cubre y miras tu reloj. Marca casi las doce en punto, no puedes precisarlo bien al estar las agujas tan arriba. En ese momento te das cuenta de que en este mundo no hay sol. La luz es siempre la misma.

—Tengo que salir, tengo que hacerlo, puedo hacerlo —te repites una y otra vez, a pesar de tener muy claro que tu elección no fue la mejor idea que has tenido.

Caes de espaldas cuando chocas contra una pared. Te levantas y la golpeas con fuerza. Te das cuenta de que estás atrapado tras un muro de cristal al que por mucho que pegas no consigues romper. Tras él divisas a Iker y a Miguel; ambos están paralizados en la tienda de antigüedades. Un sonido atronador hace que te tapes los oídos. La arena que hay bajo tus pies te arrastra sin que puedas hacer nada para evitarlo, aun así, tratas de aferrarte a ella, pero se escurre entre tus dedos. El remolino te atrapa y caes sobre un montón de la dorada tierra.

No pasa ni un segundo cuando notas que el mundo gira y caes otra vez por el embudo. Chocas contra el suelo de cristal y granos de arena comienzan a caer sobre tu cabeza, te alejas de ahí, sin comprender qué es lo que ocurre. Finalmente llegas a otra pared de cristal. Caminas pegado a ella esperando encontrar una salida. No existe. Has descubierto que no hay una salida y que tu destino se ha quedado encerrado en un viejo reloj de arena en la tienda de antigüedades.

El anciano dueño se encarga de girarlo justo cuando el último grano de arena cae de cada mitad del aparato. Gritas y suplicas que te libere, pero él no te presta atención. Alguna vez le ves sonreír mientras lo hace; sabe que tu condena será eterna.

FIN

Posición 12



Accedes a la petición de la profesora y entras junto con Iker, que cierra la puerta tras de sí.

—No me fio de él —susurra Amparo mientras teclea la combinación de la caja fuerte.

Abre la puerta y saca la misma caja que llevasteis días atrás vosotros mismos. Levanta la tapa de cartón y os asomáis para ver un trozo de piedra mal tallado que emula lo que pudiera ser una máscara.

—¿Y eso es sagrado? —preguntas totalmente decepcionado con el objeto.

—Al parecer sí. —Iker se encoje de hombros.

—¿Puedo cogerla? —pides a Amparo que te la ofrece.

La sujetas y la observas con atención. Es pesada y fría; aún se mantiene húmeda como si acabara de ser desenterrada. En ese momento comienza a brillar. Su luz te sobresalta por lo que casi la dejas caer, aunque reaccionas a tiempo y la recoges antes de que toque el suelo. Las luces comienzan a parpadear y jurarías que la estancia se llena de humo. Toses al igual que tus compañeros hasta que todo vuelve a la normalidad. La máscara vuelve a ser de piedra y la habitación se limpia. Respiras profundamente. Ahora sabes qué debes hacer. Abres la puerta y sales al pasillo abrazando con fuerza la máscara contra tu pecho.

Como si estuvieras en trance caminas sin hacer caso a tus amigos que te piden que regreses. Por el contrario, aceleras el paso. Javier, que aguardaba en la conserjería, sale de ella al escuchar las voces y se interpone en tu camino. Trata de detenerte, pero con una fuerza inusual en ti lo empujas haciendo que choque contra la pared.

Amparo se dirige hacia él, sin embargo, cuando llega el hombre ya se ha incorporado.

—¿Qué hace ese loco? Le dije, profesora, que estos chicos son manipuladores y mentirosos aparte de violentos. Usted misma lo ha visto.

La mujer no le presta más atención al comprobar que se encuentra bien y te busca con la mirada. No os encuentra ni a ti ni a Iker.

—¡Chicos! —grita mientras camina por el pasillo vacío.

El sonido de cristales rotos hace que ella y Javier corran hacia las escaleras y suban los peldaños de dos en dos. Una corriente de aire consigue que se detenga cuando llega al final de los escalones. Todas las aulas están cerradas, pero el sonido que la alertó provenía de ahí arriba. Se dirige a la primera puerta y trata de abrirla, al comprobar que es imposible lo intenta con la siguiente, tampoco lo consigue con esta. Sin previo aviso la puerta del fondo se abre mostrándoos a Iker y a ti sobre el alfeizar de la ventana de espaldas a ella. El sol os ilumina como si fuerais dioses, creando un aura dorada a vuestro alrededor.

—¡Bajad de ahí ahora mismo! —chilla Amparo aterrada porque podáis caer de ella al exterior.

—Voy a llamar a la policía —dice mientras comienza a marcar en su teléfono el número de la policía local.

Amparo se dirige hacia vosotros despacio hasta que un rayo la detiene al crear una esfera a su alrededor. La mujer golpea las paredes amarillas de su prisión, aunque no por ello consigue liberarse. Maldice unas cuantas veces antes de darse por vencida. Javier ha desaparecido del aula, así que tampoco puede pedirle ayuda. Allí encerrada puede escuchar tu voz que entona un cántico.

—¡Oh, señor ancestral! Dueño del universo, de la luz y de las sombras. Aquel que creó el orden y el caos. Tú que conoces los misterios de la vida y de la muerte. ¡Ven a por tu rostro!

La luz que os envuelve se intensifica hasta crear una gran explosión que destruye el instituto por completo. La oscuridad envuelve la ciudad y se va extendiendo poco a poco hasta eclipsar por completo al sol. Ha llegado el momento del caos. El pánico envuelve al mundo. Nadie es capaz de presenciar el último sonido de un reloj a la caída de la noche. Solo un susurro recorre La Tierra de norte a sur y de este a oeste acabando con los últimos vestigios del planeta azul: «tic-tac». Tras esto, un estallido es contemplado por una nueva constelación con forma de máscara donde habitan dos nuevos dioses. Los humanos no podrán verla brillar, pero Iker y tú seréis los creadores de una nueva especie racional que os adorará por toda la eternidad.

FIN

Posición 13



—Tal vez deberíamos buscar un poco más antes de irnos —propones a la vez que comienzas a revolver en los cajones.

—No hagas eso —pide Miguel.

—¿Por qué? Debemos descubrir cuál es el misterio que se oculta aquí. —Después de los cajones te diriges al armario.

La puerta parece estar atrancada, aunque no cerrada con llave. Tiras de ella con fuerza hasta que consigues abrirla; una docena de informes revuelan a tu alrededor y caen al suelo. Te agachas y los recoges. De entre los documentos una carpeta marrón llama tu atención. En su portada aparece escrito con la cuidada caligrafía de siempre: «LA MÁSCARA SAGRADA». Te sientas en el suelo cuando un tirón de la piel de tu pecho te recuerda que el tiempo corre en vuestra contra. Abres la solapa de cartón y encuentras varios folios, en ellos se recoge lo que parece ser una conversación transcrita según alguien hablaba. Algunas palabras aparecen incompletas e incluso algunas frases carecen de sentido. Llamas a Iker y a Miguel para enseñarles tu descubrimiento.

Miguel te quita la carpeta y lee en voz alta la historia que alguien se entretuvo en escribir, adaptándola de tal manera que pareciera que él mismo fuera el autor:

—Sé que todo esto parece absurdo y que nadie creerá en mí, pero le ruego que al menos escuche mi historia. Sí, puede usted tomar notas si así lo considera oportuno. Mi nombre no tiene mayor relevancia en este asunto, solo estoy aquí para solicitar su ayuda. Necesito encontrar un objeto de gran valor; se trata de una máscara sagrada. Si bien su forma y calidad pueden parecerle una obra sin ninguna valía especial, puedo asegurar que para nada es así.

»Permítame que comience relatando todo lo que sé sobre este objeto. La máscara fue creada en el inicio del tiempo por aquellos que moldearon el universo. Practicaron con piedra y barro el arte de la vida. —detiene un momento su lectura y os mira para comprobar que estáis atentos a sus palabras, después prosigue—. Esta máscara es una de esas pruebas, no encontrará ninguna igual en ninguna otra parte del mundo. Todos los prototipos fueron destruidos porque ninguno consideró que fuera lo suficiente perfecto para merecer su eternidad después de que lograran formar a los humanos; excepto este.

»Shur, era un dios orgulloso y jamás aceptó la idea de que su obra no estuviera a la altura de los hombres. De hecho, se reveló contra sus hermanos acusándolos de haber copiado a su criatura, pues les otorgaron ojos, nariz y boca. Solo añadieron orejas a su cabeza. También moldeó un cuerpo; sin embargo, este sí fue destruido por los demás. Por lo que Shur se marchó del lugar. Desde entonces deambula entre nosotros escondiendo la máscara para que sus hermanos no puedan encontrarla.

»Han pasado eras y los hermanos de Shur siguen buscándolo a él y a esa falsa cara de piedra que, como le digo, no es hermosa. Sí, claro qué le diré por qué es tan importante. Como el dios no pudo evitar que su pequeño ser fuera elegido como la forma ideal para fabricar a las criaturas que habitan el universo, concedió parte de su poder a ese objeto. Mientras que su máscara siga existiendo el tiempo será efímero para todos los seres vivos. Será un ciclo con principio y fin. Sus hermanos quieren a seres eternos, pero solo Shur posee el don del tiempo. Creen que si destruyen la máscara el tiempo acabará. Todo será infinito, y sus criaturas no sufrirán la crueldad del paso de los años. El momento será siempre el mismo. ¿Se imagina lo que supondría eso? —Miguel vuelve a hacer una pausa y analiza lo leído.

—¿Qué más dice? —Tu pregunta se ve interrumpida por otro desgarró de tu piel que consigue que grites por el dolor—. Hay que encontrar la maldita máscara y que detenga el tiempo y mi dolor.

—¿Y si el tiempo se detuviera justo en el instante en el que más duele? —cuestiona Iker—. ¿Te imaginas vivir eternamente atrapado en ese momento?

Esa reflexión hace que te plantees todo lo que has dicho. ¿Acaso la eternidad sería buena? Ahora mismo no te lo parece, jadeas mientras aprietas tus manos contra tu pecho tratando de calmar el dolor que consigue que tu piel arda.

—Está bien, esperad que acabe de leer esto, a ver si hay algo que pueda ayudarnos. —Miguel continúa con su lectura—. Shur escondió la máscara en algún lugar cuando sus hermanos lo encontraron y lo encerraron, pero ahora se ha liberado de ellos y reclama su posesión. Ya que al buscarla no la halló en el lugar donde la guardó. Le digo que mi nombre no tiene importancia. Ahora diga, ¿cuál es el precio que usted desea por su trabajo? ¿Quiere ser eterno? ¿Quién no querría librarse de la muerte?

Miguel calla al girar la hoja y comprobar que no hay nada más escrito.

—¡El que contrató al detective era Shur! —exclama Iker emocionado.

—¿Qué importa quién fuera si no dice cómo encontrarla? —protestas sufriendo por el dolor de tu pecho.

—Vosotros sabréis cómo hacerlo. Estoy seguro de ello —Miguel os sonríe de forma inquietante.

—¿Cómo podremos hacerlo? No hemos visto ninguna máscara. —Iker está sorprendido por su afirmación y comienza a desconfiar de él.

—Exacto. —Apoyas a tu amigo—. Creo que quien escriba las notas o cualquiera que piense que nosotros tenemos una solución para esa pregunta es un iluso. ¡No sabemos nada!

—Pero sois la clave de ella.

—¿Por qué piensas eso? —La intranquilidad que domina a Iker empieza a adueñarse de ti.

Miguel calla unos segundos, hace como que relee el informe y tras devolverlo a su carpeta pregunta.

—¿A caso no os gustaría ser inmortales? ¿No tener que ver morir a los seres queridos?

—¡Eres Shur! —exclamas convencido.

Miguel ríe.

—No, no lo soy. Si fuera él te ofrecería muerte, la misma que os está sentenciando en este instante. La misma que rompe tu cuerpo con ese reloj que ha puesto en tu pecho. Cuando llegue al final todo acabará. Él es el dueño del tiempo. No puedo luchar contra él. Parte de su poder está en la máscara, pero aún es capaz de destruir todo lo que creamos. Aún es capaz de matar a mis hijos, a los que, junto a mis hermanos, creé. No me miréis así. Sí, yo soy Som. Yo cree al primer

humano, yo le di el aliento de la vida, y es el que quiero mantener siempre en vosotros.

Tanto Iker como tú, no sois capaces de asimilar todo lo que os está contando. Se supone que estáis delante de un dios creador o tal vez del mayor loco que vayáis a encontraros en vuestra vida.

—No os miento. Yo no soy humano. Esta no es mi forma, es lo que tengo que hacer para que me veáis, al igual que hizo Shur.

Según habla su cuerpo se va disolviendo como si fuera un holograma al que le apagarán el proyector. Segundos después aparece otra vez a vuestro lado.

—Yo no soy un ser material, aunque puedo jugar con la materia. Puedo transformarme en lo que desee. Tengo el don de crear vida y os regalé parte de mi don, por ello sois capaces de reproduciros. Pero necesitamos encontrar esa máscara y supongo que Shur la escondió en el instituto; es muy posible que esa caja de la que me hablasteis la guardara y por eso cree que la tenéis vosotros.

—Si es un ser tan poderoso, ¿por qué no la coge él? —Comienzas a dudar de todo lo que te está contando Som. Son dioses y, sin embargo, necesitan de la ayuda de dos chicos que ni siquiera conocen el objeto que les piden.

Otro desgarró de tu piel te recuerda que el tiempo apremia. No tienes más opciones que hacer lo que os pide. El dolor es tan fuerte que un sudor frío recorre tu cuerpo. Debes apoyarte en la mesa para no caer.

Miguel se acerca a ti y te sujeta protector.

—Shur es cruel. No podemos dejar que se salga con la suya.

—No tenemos opción, no puedes seguir así. —Iker abre la puerta—. Da igual por qué nos necesiten, solo sé que eres mi amigo y haré lo que sea por ayudarte. Si buscas la caja te libra de tu castigo, la buscaremos.

—Bien dicho. —Som sonríe mientras te ayuda a llegar a la salida.

Junto a Iker te ayuda a salir a la calle y te sientan en su coche. Conduce con precaución hasta llegar al instituto. Como no hay clases aparca junto a la valla. Pulsa el timbre y tras unos segundos la puerta se abre sin que nadie pregunte vuestra identidad. Os preguntáis dónde estará el conserje y por qué ha abierto la puerta sin preguntar vuestra identidad.

Som parece conocer el camino que debe de seguir. Vosotros camináis tras él. No hay ni rastro de Javier, el conserje.

—Esto es un error —susurras a Iker.

—De eso nada, muchacho. Es lo correcto —responde Miguel con una gran sonrisa.

No podéis comprender cómo ha podido escuchar tu voz, ya que hablaste realmente bajo. Seguíis en silencio hasta que el falso policía se detiene junto a la puerta de la secretaria. Intenta abrir, pero está cerrada con llave. No parece importarle mucho, rebusca en su bolsillo y saca un llavero con diversas ganzúas, las estudia unos segundos y elige una. No tarda más tiempo del que hubiera usado en caso de utilizar la verdadera llave en abrir la puerta y entrar. Tras dar la luz os indica que paséis con un movimiento de su mano.

—¿Reconocéis la caja?

Miráis a vuestro alrededor. No es que haya muchas cajas, podría encontrarla él y mirar su contenido sin vuestra ayuda.

—Es esa —dice Iker mientras señala hacia una estantería en la que, encima de unos paquetes de folios, descansa una caja de cartón marrón.

—¡Cógela! —ordena Som con la voz temblorosa por la emoción.

Iker obedece. Destapa la caja y un resplandor dorado casi consigue que la deje caer al suelo. Frente a vosotros se define a la vez que la luz se apaga un hombre.

—¡Dame eso, chico! Es más peligroso de lo que crees. La inmortalidad que os ha prometido Som os llenará de desdichas. No detendréis vuestra vida, esta se hará cada vez más dolorosa e inestable, las enfermedades de la edad no se detendrán. Viviréis, sí, ¿pero a qué precio?

—¡Cállate, Shur! Eso no es así, lo sabes. La vida será eterna y no degenerarán.

—No los hiciste perfectos. Fíjate en él. —Te señala y caes al suelo al notar como tu piel se rompe un poco más. El dolor es insoportable.

—¡Basta! —Gritas, aunque ninguno de los dos se apiada esta vez de ti.

—¿Quieres vivir así eternamente, cada hora, cada minuto? ¿Cuánto crees que aguantarás? —Se gira hacia Iker—. Dame esa caja, chico.

Iker tiembla sin saber qué hacer.

—No lo hagas, Iker —pide Som—. Moriréis en cuanto la tenga en su poder. Destruirá el mundo.

—Destruiré lo que nunca debió existir.

Som se acerca a tu amigo y trata de coger la caja, pero la máscara comienza a latir como un corazón. Se transforma y crece escapando de su lugar de encierro. Os quedáis asombrados cuando veis como los dos dioses se alejan de ella.

—No permitas que se escape —grita Shur.

—¿Escape? —repites sin entender qué les ocurre.

—¡Cógela! —pide Som a Iker—. No podemos perderla otra vez.

—¿Por qué no la coges tú? ¡Ah! No podéis por eso nos necesitáis.

Esta máscara no es vuestra. Por eso huye. Te levantas y llegas hasta el codiciado objeto. Al sujetarla entre tus manos, notas como todo el poder del universo te invade. Sabes que con un simple gesto lo destruirías si quisieras. Aniquilarías a esos dos seres que están frente a ti pidiéndote que les entregues su preciado tesoro, aunque ahora no solo la fuerza te domina, sientes que el conocimiento de los espíritus ancestrales te colma de sabiduría. Ellos no son más que dos criaturas codiciosas que desean el poder que ahora es tuyo.

La máscara salta a tu cara y tu cuerpo se eleva sobre el suelo. El gesto retorcido de su boca se transforma en una sonrisa. Los redondos ojos se entornan y de su mirada se escapa una luz cegadora que destruye a los dos hermanos. No solo a sus cuerpos materiales, sino a los etéreos, sus verdaderas esencias. Tras ello caes de pie en el suelo. La máscara flota hasta tus manos. El inicial gesto de dolor se ha transformado en uno de paz. Sabes que este objeto será un arma poderosa que en las manos equivocadas no depararía nada bueno.

Miras a Iker antes de arrojarla con fuerza al suelo. La piedra se parte en mil pedazos. Los recogéis entre los dos y salís del instituto.

Camináis hasta llegar al árbol de las cotorras. Caváis con las manos un hoyo y enterráis los fragmentos en él.

—Has hecho lo correcto —te dice Iker. Hasta ese momento no habías hablado ninguno de los dos.

—Eso espero. Todo seguirá como hasta ahora.

Un brillo ilumina el lugar donde acabáis de enterrar los fragmentos. Volvéis a escarbar y observáis perplejos como se ha reconstruido. Su luz te dispara justo al pecho y sales despedido, aterrizando unos metros más lejos en el suelo.

—¿Estás bien? —pregunta Iker acercándose a ti.

—Eso creo —Te tocas el lugar donde te dio la luz. En el centro del reloj que tenías en tu piel. Metes la mano por debajo del abrigo y del jersey y tocas tu piel lisa. Compruebas que ha desaparecido—. Ya no está. — Le explicas a tu amigo que te tiende la mano y te ayuda a levantarte.

Volvéis junto al árbol. La máscara ha desaparecido. Os alegráis por ello. Ya no es vuestra responsabilidad. Todo ha vuelto a la normalidad.

—Vamos a mi casa —sugieres—, jugaremos a Fornite.

—¡Hecho!

FIN

Posición 14



Subes las escaleras tras Iker, cuando llegas a la primera planta las luces se apagan y te detienes, sin saber hacia dónde ir.

—¿Iker? —llamas. Nadie responde, pero otra vez escuchas pasos corriendo.

Caminas despacio tocando la pared con la mano hasta que tus ojos se acostumbran a la oscuridad y distingues la puerta de tu aula. Amparo llega a tu lado y pone su mano en tu hombro. Gritas asustado.

—Tranquilo. Ven.

La profesora te guía con la luz del móvil hasta llegar al final del pasillo. En el mismo instante en el que giras las luces se encienden y todos tus compañeros gritan:

—¡Feliz cumpleaños!

Una lluvia de confeti y serpentinas cae sobre tu cabeza. Deberías enfadarte por el lío que te han armado, pero te sientes feliz. Sin duda es el regalo de cumpleaños más original que te podrán regalar nunca.

FIN

Posición 15



Decides ayudar, pero ¿cómo hacerlo?

—¡Espere! —gritas corriendo tras él cuando vuelves a divisarlo.

Tus pies se hunden en el fino polvo dificultando tus pasos. El hombre, por el contrario, parece liviano y se aleja con rapidez. Aceleras el paso todo lo que puedes, que no es mucho. Las piernas te pesan cada vez más y caes al suelo. Tras varios intentos quedas tendido cuan largo eres sobre la fina arena, que parece engullirte. Pronto notas que no es que te hundas en la tierra, es que esta crece y te va cubriendo. Buscas la explicación a este suceso y divisas en la distancia un lugar donde en vez de agua llueve la dorada arena del lugar. El viento se encarga de repartirla de forma uniforme.

Te limpias como puedes el polvo que cubre tu rostro y escupes la que entró en tu boca; no te esfuerzas en limpiar la de tu ropa, sabes que eso es inútil. El hombre ha desaparecido, así que decides avanzar hacia la cascada de oro.

Una voz se escucha sobre el sonido del polvo al caer: «no creas todo lo que ves». Estás seguro de que eso es importante, son las mismas palabras que pronunció el anticuario cuando os mostró la máscara.

«¿Y si no es una máscara y si todo es fruto de mi imaginación y si este maldito reloj que me rompe la piel no existe?» —piensas.

—No está mal, no está mal. —El hombre aparece a tu lado sobresaltándote—. Quizá, después de todo no seas tan tonto.

—El reloj es la clave, ¿verdad? —preguntas esperanzado.

El viejo cambia su rostro y su tamaño hasta convertirse en un niño de unos cinco años.

—El reloj es cíclico, gira y gira, para empezar y acabar en el mismo sitio. ¿Acaso varía si este fuera de arena? Basta con darle la vuelta. —Ríe con la dulzura de un infante, aunque sus ojos son los mismos del anciano.

—Pero yo no puedo detener el tiempo —protestas.

—¿Y quién dice que debas detenerlo? Ese es el problema, todos queréis detenerlo. Tic-tac. El tiempo se acaba.

—¡Mierda! —gritas a la vez que te arrancas la camisa—. Yo soy el dueño del tiempo, eso es. No hay que dejar que este se acabe. No hay una máscara. Mi reloj es la máscara de la vida. No puedo dejar que se detenga.

Unos aplausos acompañados de saltitos por parte de tu acompañante infantil te indican que estás en lo cierto. No puedes ver el reloj, aunque intuyes que la deformidad que ha producido en tu pecho asemeja ahora el dibujo de la máscara. No eran unos ojos y una boca deformes lo que había

allí dibujado era tu piel, las heridas que los movimientos de las manillas te habían provocado.

—Sé lo que tengo que hacer — dices al niño que envejece por momentos.

Ante su asombro arrancas la piel de tu pecho con un grito agónico de dolor. En ese mismo momento cae el último grano de arena sobre tu cabeza. Un remolino de viento hace que gires sobre ti mismo, como si te hubiera tragado un tornado. Pierdes el equilibrio y el sentido.

El sonido de un mensaje de Whatsapp te despierta. Al abrir los ojos todos los recuerdos se agolpan en tu cabeza. Tocas tu pecho y no notas nada extraño. Levantas la camiseta del pijama y observas con alegría la piel lisa del tórax. Piensas que has sufrido una pesadilla. Acabas de empezar las vacaciones de navidad, y todo ha sido un mal sueño. Coges el teléfono móvil y lees el mensaje de Iker: «¡Ostras! No te vas a imaginar el sueño que he tenido. Tengo que verte, aún me tiemblan las piernas».

—No puede ser verdad —dices en voz alta a la vez que escribes la respuesta: «¿Había una máscara sagrada en él?»

El sonido de la llamada a los pocos segundos de enviarla te sorprende.

—¿Tú también lo has soñado? —Iker no se molesta en saludar—. ¿Era real?

—No lo sé —respondes—, pero supongo que no hay que creer todo lo que ves, aunque tal vez sí que haya que hacerlo con lo que no vemos. ¿Quedamos y charlamos?

—Claro, te espero en el árbol de las cotorras.

FIN

Posición 16



Coges las llaves de Amparo y gritas a Iker que baje, que es mejor estar todos juntos. Otro golpe en la biblioteca os distrae. Iker baja las escaleras y se queda a vuestro lado. La puerta de la biblioteca se abre y Javier aparece sujetando una máscara de piedra.

—¿Por qué nos has encerrado? —pregunta Amparo—, ¿y qué haces con eso?

—Yo, no os he encerrado en ninguna parte. Estaba buscando esto, porque Antonio sacó algo de secretaría, no me fijé en qué era, pensé que tan solo una piedra. No le presté mayor atención, ese hombre está medio loco. Vino aquí porque dijo que le recordaba a una ilustración que había visto en un libro hace tiempo, luego sonó el teléfono y se marchó. No lo volví a ver entrar aquí, así que decidí mirar en la biblioteca por si acaso esto estaba relacionado con vuestra búsqueda. También estaba el libro del que hablaba. —Señala un volumen situado sobre una mesa.

Amparo coge la máscara y tú miras el libro.

—«El secreto de la máscara sagrada» —lees en voz alta el título—. ¿Creéis que aquí está oculto lo que buscamos?

Amparo no contesta, se limita a acariciar con cuidado la fría piedra tallada toscamente, delineando sus ojos.

—¿Estás bien? —pregunta Iker a la profesora.

—Sí, lo estoy. Solo pensaba en la nota, ¿cómo se puede creer en una cosa así? Aunque yo la vi brillar, yo noté su poder cuando me sacó del agujero antes de que este se cerrara. Es absurdo, pero sí creo.

—Pero tenemos que devolverla a su lugar. ¿Cuál es su sitio? ¿El mismo del que quiso salir? —preguntas sin saber realmente qué es lo que tenéis que hacer ahora.

—¿Se refieren al hoyo que se abrió el último día de clase y se cerró sin explicación —pregunta Javier tratando de encontrar sentido a todo lo que ocurre?

Amparo afirma con la cabeza. Tú, mientras, pasas con rapidez las páginas del libro. En él habla de una máscara que se descubrió hace años, cuando se comenzó a construir el instituto. Como siempre que se halla algún resto que pudiera evidenciar el descubrimiento de un yacimiento arqueológico, las obras se detuvieron. A pesar de haber realizado una exhaustiva búsqueda de otros objetos, no se encontró ningún otro. Por lo que el Estado permitió continuar con las obras y la construcción de este edificio.

La máscara fue llevada al laboratorio arqueológico correspondiente de la Comisión de Valoración de la Junta de Calificación, Valoración y Exportación de Bienes del Patrimonio Histórico, para someterla a un estudio y decidir si era un potencial BIC³ o una obra sin mayor importancia. Los trabajos de investigación dedujeron que se trataba de una obra íbera, aunque no

pudieron determinar si su uso era ceremonial o una simple escultura sin ningún valor religioso.

Un poco más adelante relata el testimonio de un vigilante de seguridad de la institución, en el que asegura que una noche un brillo inusual en la sala de estudio le alertó; aunque no vio a nadie. Las cámaras de seguridad tampoco captaron nada inusual aparte del brillo en el que se sumió el laboratorio. Al día siguiente la máscara había desaparecido y nunca se volvió a saber de ella.

No lees nada más que os aporte ningún dato que esclarezca lo ocurrido o cómo debéis actuar.

—Está claro. La máscara es mágica —explica Iker—. Por eso desapareció de aquel laboratorio y por eso nos manda mensajes. Tal vez también lo hiciera con quien la trajo otra vez a este sitio. Quiere estar aquí. Este es su lugar sagrado.

Un temblor de tierra hace que tu amigo se calle y que os sujetéis a las mesas.

—¡Al rincón! Bajo esas mesas —grita Amparo empujándoos hasta allí.

Tras unos segundos que parecen interminables y un montón de polvo sobre la mesa donde os resguardabais, salís. Amparo aún sujeta la máscara con fuerza.

—Será mejor ir afuera por si hay una réplica —indica la profesora.

Camináis hacia la salida cuando ves un destello en el pasillo que conduce al patio exterior, al lado contrario al que os dirigís. Llamas la atención de tus compañeros. Estos también ven la luz intermitente que se desprende de allí. Al mismo tiempo la máscara comienza a latir entre las manos de la mujer, por lo que decide que eso no es más que un toque de atención sobre el camino que debéis seguir.

Avanzáis hasta la puerta que da al patio y descubrís que los destellos proceden del exterior. La máscara late cada vez con más fuerza. Una vez fuera del edificio os encontráis con un agujero en el suelo; el terremoto ha debido abrir esa grieta.

—Es el mismo lugar del que la cogimos —os informa Amparo—. Creo que ahora sois vosotros los que debéis devolverla. Es a vosotros a los que os pedido ayuda.

Iker y tú os miráis antes de saltar al hoyo sin dudar. Amparo te entrega la máscara que depositas con cuidado en el suelo. Su frío tacto contrasta con los sonidos de su latido. La acaricias con veneración porque sabes que jamás tendrás entre tus manos un objeto tan valioso como este. Después, con ayuda de Iker la enterráis. Hecho esto, tal y como le ocurrió a la profesora, sois expulsados al exterior con fuerza mientras la tierra comienza a cerrarse ante vuestros atónitos ojos.

Una hoja de papel vuela hasta caer a vuestros pies. El dibujo de la máscara se difumina junto a las palabras «Tic-tac, el tiempo comienza».

Sabéis que todo está bien ahora, aunque jamás podréis contar esta historia porque nadie os creería.

FIN

Posición 17



Finalmente decides ayudar. Coges todo el impulso que puedes ahora que Javier está distraído y te lanzas contra él. Te das cuenta demasiado tarde de que esa ha sido la peor opción que has podido tomar. La bala que iba dirigida al policía atraviesa tu cuerpo. Miguel desarma al conserje con rapidez y lo inmoviliza mientras Iker trata de ayudarte y te da ánimos asegurándote que pronto llegará la ambulancia y te pondrás bien, aunque es incapaz de contener el llanto y sus lágrimas gotean en tu cara.

Miguel acude a tu lado y presiona tu abdomen para detener la hemorragia, a la vez que habla contigo, pero su rostro se distorsiona y finalmente se borra. Todo se vuelve negro y el silencio se apodera del lugar.

Lo último que escuchas es: «tic-tac, tu tiempo se acaba».

FIN

Posición 18



—Chicos —os llama Amparo—, vayamos a ver qué hace Javier en el patio. No entiendo por qué actúa así.

—Creo que es mejor que nos vayamos —insistes y te diriges hacia la salida.

—¡Volved ahora mismo! —Iker baja la escalera y tú también regresas junto a la profesora—. Vamos a permanecer todos juntos. ¿No habéis tenido bastante?

—Por eso mismo, vámonos. Llamamos a la policía y que ellos busquen lo que haya que buscar, pregunten a Javier, pero aquí no estamos a salvo. —Suplicas con la mirada que te comprendan y acepten tu sugerencia.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —Una voz masculina consigue que todos gritéis—. Pero, ¿qué os pasa? Ni que hubierais visto a un fantasma.

El profesor os revuelve el pelo a Iker y a ti. Saluda a Amparo con dos besos.

—¡Antonio! ¿Qué haces tú aquí? —Amparo le mira sopesando si puede confiar en él.

—Eso he preguntado yo primero, y por qué estáis tan alterados —responde Antonio.

—¿Has visto a Javier? —pregunta Iker.

—No, he entrado por la puerta de atrás, he aparcado cerca de la entrada trasera, por eso he entrado por ahí y no he llamado. Es cierto debería haberlo llamado primero, pero estoy muy emocionado. He descubierto algo sobre la máscara. Me alegro de que estéis aquí.

Sonríe abiertamente, luego saca del bolsillo interior del abrigo una revista de National Geographic⁴ y os la muestra con orgullo. Los tres esperáis expectantes a que os explique algo más. Pasa con rapidez las hojas hasta detenerse en un artículo y os lo muestra. Amparo acalla un grito tapándose la boca con la mano. Vosotros, intrigados os fijáis en la fotografía a color que ilustra el reportaje; muestra una máscara de piedra básica y tosca que imita el rostro humano y parece haber sido esculpida por un niño.

—¿Esa es la máscara que buscamos? —preguntas asombrado.

—¿Estáis buscando la máscara? —Antonio espera una respuesta.

—No está en la caja fuerte, Antonio —No sabemos qué ha podido ocurrir con ella.

Amparo pone al corriente a su compañero brevemente. Este asiente con la cabeza de vez en cuando. Cuando la mujer acaba de hablar, Antonio busca a Javier con la mirada.

⁴ Puede leerse el artículo de National Geographic en el siguiente enlace: <https://www.ngenespanol.com/ciencia/hallan-una-mascara-de-piedra-de-9000-anos-de-antiguedad/>

—Deberíamos acudir a la policía. Si estoy en lo cierto, ha robado una pieza de incalculable valor.

—Eso llevo pidiendo yo desde hace un buen rato —protestas.

—¿De verdad piensas que la máscara es la de la foto? —pregunta Iker, más interesado en eso que en salir del instituto, parece que ya se le ha olvidado la angustia anterior, incluso es como si las notas que tanto le han inquietado carecieran de valor ahora.

—No estoy seguro. —El entusiasmo del profesor acaba por contagiarte y escuchas con atención—. En noviembre del año pasado encontraron está máscara de piedra caliza del período Neolítico B Pre-Cerámica en la región de Pnei Hever en las colinas del sur de Hebrón, en Israel. ¡Tiene nueve mil años! Solo hay quince que se remonten a esa época. ¿Os imagináis que nosotros tengamos la dieciseisava?

—¿Son máscaras sagradas o con algún poder? —preguntas.

—El artículo no comenta nada de eso, y aunque lo fueran nadie podría asegurarlo con certeza. Todo lo relativo a la prehistoria se basa en hipótesis. Se supone que estás máscaras tienen agujeros para poder atarlas al rostro. Quizá la usaran como homenaje a un familiar muerto o para adorar a algún dios. En esa época se practicaban rituales religiosos. Es posible que para ellos fuera un símbolo sagrado, aunque no creo que tenga ningún poder especial, a parte, claro está, de su valor científico.

—Aunque esa máscara brillaba y me empujó fuera del hoyo del patio —recuerda Amparo.

—Bueno, eso es cierto.

—Y también es cierto que alguien quiere esa máscara por el motivo que sea y piensa que la tenemos nosotros. —A ti no se te olvida que alguien os ha amenazado, que Javier os ha encerrado y ahora ha desaparecido.

—¿Alguien ha podido entrar en tu casa y poner la nota en la ventana sin que te dieras cuenta? —pregunta Antonio a Iker.

—¿Quién entraría solo para poner una nota en la ventana y por fuera? Es una tontería arriesgarse tanto para que el mismo aire la arrancara del cristal —argumenta tu amigo.

Antonio se rasca la barbilla, luego responde.

—Tienes razón, pero todo debe de tener una explicación lógica. Busquemos a Javier, averigüemos por qué os encerró y qué relación tiene con nuestra reliquia.

—Yo creo que deberíamos irnos a casa. Estar aquí es más peligroso que enfrentarnos a lo desconocido.

Si os marcháis pasa a la [posición 19](#)

Si buscáis a Javier pasa a la [posición 20](#)

Posición 19



Convences a los demás para que os marchéis. Javier puede ser peligroso o simplemente un ladrón. Es posible que esté traficando con la máscara para venderla en el mercado negro, a pesar de ello recorréis el instituto en su búsqueda. No lo encontráis, y tampoco hay rastro del objeto. Entráis en su casa, que ha abandonado dejando la puerta abierta. El lugar es frío y carente de identidad; las desgastadas paredes blancas y los muebles anticuados dan un aspecto de desolación al hogar. No puedes evitar mirar en los armarios; te sorprende comprobar que estos están vacíos de ropa excepto los uniformes de trabajo. Avisas a tus compañeros y ellos abren los cajones de la mesilla de noche. Todos están vacíos, al igual que los del resto de la casa. Solo quedan en ellos el menaje de la cocina y la ropa de cama.

—Se ha marchado. —Antonio dice en voz alta lo que ya imaginabais.

—¿Avisamos a la policía? No puede salirse con la suya —sugiere Amparo.

—¿Y de qué lo acusamos? —Te encoges de hombros al responderte a ti mismo—. ¿De robar una máscara que no conocemos su valor ni es nuestra? ¿De dejarnos notas anónimas? ¿De irse?

—Tiene razón. —Antonio se muestra claramente decepcionado. Acaricia la revista que guarda en el bolsillo interior de su chaqueta, luego lanza un suspiro—. Hubiera sido tan bonito. ¡Qué se le va a hacer! Vamos chicos, ya no tiene sentido permanecer más tiempo aquí. ¿Os llevo a algún sitio?

—No hace falta —contesta Iker—. Volveremos andando a casa.

—Yo vine en coche también —contesta Amparo.

—¡Vámonos! Que tengáis unas felices fiestas, pasadlo muy bien.

Antonio se despide y se aleja hacia la puerta por la que entró. Vosotros salís con Amparo, que se marcha tras recordaros que os volveréis a ver pronto.

Iker y tú camináis lanzando hipótesis de cómo era posible que Javier hubiera entrado en la casa de tu amigo y pusiera la nota, pero estaba claro que ese hombre era un perturbado.

—¡Mira! —gritas sujetando a Iker y girándole hacia la derecha—. Es Javier. ¿Qué hace?

Javier está junto a dos hombres que le entregan una mochila. Lo abre y tiende su mano a los otros que tras apretarla se suben en un Seat blanco y se alejan. El conserje camina con rapidez sujetando la mochila contra su pecho.

—¿Habrá vendido la máscara? —preguntas.

—Averigüémoslo. —Iker se dirige hacia él— ¡Javier! Sabemos lo que has hecho.

El hombre al reconocerlos echa a correr y vosotros tras él. Tras perseguirle por varias calles se dirige a las afueras de la población.

—¿Dónde irá? —preguntas al ver que se dirige a una carretera nacional.

Javier mira hacia atrás y al observar que aún seguís tras sus pasos enloquece. Por la autopista

los coches pasan a gran velocidad. Comprendéis que quiere cruzar al otro lado, por lo que os paráis y decidís volver. No vais a arriesgaros tanto. No estáis tan locos como él y no le seguiréis sorteando a los vehículos.

No os da tiempo ni a dar la vuelta cuando veis como Javier trata de cruzar. Se lanza al asfalto cuando pasa un coche sin calcular la velocidad del siguiente, que pese a frenar en seco y tratar de esquivarlo no lo consigue. Arrolla al conserje que sale despedido varios metros hacia delante. La mochila que sujetaba con tanta obsesión también vuela de sus brazos. Os acercáis al lugar con precaución, mientras una mujer sale del coche llorando. Varios conductores detienen sus vehículos en el arcén y auxilian al hombre arrollado y consuelan a la desolada mujer. Minutos después llega la ambulancia y la Guardia Civil de tráfico para realizar un informe de atestados.

Observáis como los sanitarios tratan de reanimar al hombre, pero finalmente lo cubren con una sábana térmica dorada. Javier ha muerto.

Un agente os pide que abandonéis el lugar ya que no es un sitio para unos chicos. Cuando os marcháis os grita.

—¡Muchachos! La mochila, tomad. —Os la entrega. Vosotros no aclaráis que no es vuestra. La cogéis y os dirigís a la casa de Iker.

Cuando llegáis examináis con temor la bolsa. Vuestros ojos se abren desmesuradamente al comprobar cuál es el contenido. Cientos de billetes de cincuenta euros atados en fajos consiguen que os quedéis sin habla.

—¿Qué hacemos? —preguntas impactado por el descubrimiento —. ¿Lo devolvemos?

—¿A quién? —contesta Iker—. Javier ha muerto y seguro que quien le entregó el dinero no conocerá ese detalle.

—¿Nos lo quedamos? Aquí debe haber una fortuna. Nos descubrirán.

—Lo gastaremos con precaución, ¿recuerdas ese ordenador gaming que querías? ¡Pues yo quiero uno mejor! ¿crees que el dependiente no va a vendérselo?

—¿Y qué diremos a nuestros padres? Ellos no son tontos. —No sabes si aceptar la propuesta de Iker por muy tentadora que resulte.

—Ellos no, tú sí. Pues... que nos ha tocado en un sorteo. ¡Vamos! Estoy deseando tener mi nuevo ordenador en casa. Quizá adquiera un portátil. Lo podré llevar a tu casa y jugaremos juntos. Yo que tú me compraba otro igual.

Contáis el dinero necesario y dejáis el resto bien escondido en el fondo de un armario de la habitación. Camináis impacientes y con gran emoción hacia la tienda de informática.

FIN

Posición 20



Decidís buscar a Javier, lo encontrarís en la sala de profesores.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Antonio asombrado.

—¿Por qué nos has encerrado antes? —Amparo pregunta a la vez.

—¿Qué? ¿Encerrado? Yo no he encerrado a nadie. —Se defiende mientras señala una estantería del rincón—. ¿Eso es lo que buscáis? Ni colgante, ni nada. Os pensáis que por ser un simple conserje no sé nada, ¿verdad?

—¿Por qué la has sacado de la caja fuerte? —La profesora se acerca al lugar donde descansa la máscara.

—Eso deberías preguntárselo a tu amigo —Señala a Antonio con una socarrona sonrisa—. No te imaginas lo que va a pagarme por esa cosa horrible.

Ajeno a la discusión te has acercado hasta la máscara y la coges. Observas que posee cuatro agujeros en los laterales, como si hubiera sido diseñada para un ser parte de un disfraz y cubrir el rostro primitivo de sus creadores. Te la pones y emites sonidos guturales, después sacas la lengua por la extraña abertura de su boca y ríes llamando la atención de los demás.

—¡Deja de hacer el tonto y devuélveme la máscara! —exige Antonio.

No haces caso a su petición y miras con atención a tu alrededor a través de los agujeros para los ojos. Una neblina difumina la clase. Notas como la piedra se adhiere a tu cara y se funde en ella. Sientes un poder salvaje y ancestral. De un salto subes sobre la mesa. Con la escasa cordura que te queda tratas de comprender qué es lo que está ocurriendo, pero no eres capaz de pensar con claridad. Escuchas voces lejanas y comprendes que son los elegidos. Buscas entre los pliegues de tu ropa, que no es más que un burdo vestido de piel curtida y cosida. Encuentras lo que buscas: un puñal ceremonial realizado en piedra pulida y labrada. Los elegidos gritan y tratan de reducirte, pero no pueden contener al mayor hechicero de la historia bendecido por el Rayo. Saltas de un lado a otro con una agilidad desconocida en la actualidad. Tu fuerza es superior a la de cualquier hombre y esos seres que están frente a ti no podrán detenerte. El cuchillo sesga la garganta del primer hombre y se clava en el pecho del segundo. Aterrada, la mujer no se mueve y protege con su cuerpo a un joven chico. Ellos tampoco suponen un problema y pronto su sangre se esparce por el suelo, regando la tierra que regalará vida y comida a tu pueblo.

Una vez conseguido tu propósito elevas el puñal hacia el techo y tu garganta lanza sonidos de gratitud para con tu dios. En ese momento un estruendo acalla tu cántico. Te reverencias y pintas tu rostro y tus brazos con la sangre derramada.

A pesar de seguir en el instituto tu espíritu ha viajado en el tiempo y espacio. Estás en el claro de un bosque en cuyo centro se encuentra el altar sagrado. Sobre él apilas los cuerpos de tus víctimas. Otro rayo sesga el cielo iluminando con su luz el lugar al atravesar tu cuerpo. Te sacudes

antes de caer muerto al suelo. La máscara se escapa de ti y rueda varios metros hasta quedar enterrada entre las hojas caídas.

El sonido de un reloj resuena en el lugar para, segundos después, acallarse.

La máscara ha cumplido su misión. Se ocultará hasta el próximo centenario, en el que el Rayo reclame su ofrenda.

FIN

Agradecimientos

Quiero agradecerte a ti lector que has llegado hasta aquí con tu lectura. Sin ti nada de esto sería posible, porque saber que has leído me hace feliz y me anima a seguir plasmando mis locuras en los libros.

También a una persona que ha dado nombre a un personaje de esta historia, Amparo. Por ser una gran profesora y porque su interés por mi trabajo me hizo muy feliz.

A Antonio, que hace que las matemáticas sean más divertidas; y a Lucía, que siempre me da likes en Instagram.

Sobre la autora

¡Hola! Como ya sabéis, soy Klara. Mi intención cuando escribo es que el lector sea capaz de sentir e incluso visualizar todo lo que se está proyectando en mi mente. Que empatice, que ría y lllore con los personajes. Que los ame o los odie si es necesario. Si lo he conseguido me siento satisfecha. Si hay algo que quieras destacar u opinar te agradecería que lo hicieras en las valoraciones de Amazon. También puedes contactar conmigo en la página de Facebook: <https://www.facebook.com/LilarkaS>

Estaré encantada de conocer de tu mano lo que te ha parecido mi novela y aclarar tus dudas o inquietudes.

Si crees que merece la pena leer el resto de mis obras, te diré que tengo publicados tres libros más, aunque de géneros diferentes. Todos se pueden adquirir en Amazon, tanto en formato digital como físico. Si te decides a ser parte de su historia espero que disfrutes con su lectura.



El Reino de los Cuatro Tronos (Fantasía épica)

<https://pge.me/cLZMbe>

Sinopsis: El Reino del hombre desaparece. Poco a poco es devorado por la arena, que implacable, va cubriendo todo con su manto amarillo. Lo que un día fue un grande y próspero pueblo, se ha reducido a un recinto amurallado, donde sobreviven los últimos restos de la humanidad. Una humanidad carente de sentimientos, con duras leyes que nadie debe incumplir.

Cuatro jóvenes se unen y se arriesgan a desobedecer esas normas. Siguiendo una antigua profecía se lanzan a la aventura en un intento de encontrar una solución y devolver la vida al planeta. Deberán abandonar la seguridad de su hogar, enfrentarse a todo un reino que desaprueba su conducta, a la arena, a las bestias y a ellos mismos. Es este un canto a la amistad, a la libertad y a la vida. A lo que nos hace humanos.



La valentía de María (contemporánea, drama social)

<https://pge.me/gE8UZI>

Sinopsis: María, una adolescente de dieciséis años, se queda embarazada de un muchacho que no se hace cargo de su paternidad. En una España de los años sesenta, católica y de mente cerrada, la situación de la chica se complica al verse obligada a abandonar el hogar familiar.



La hechicera azul (fantasía romántica)

<https://pge.me/WfTNwy>

Sinopsis: Cuando Nemark salvó a un mago oscuro de caer en una trampa para osos, nunca se imaginó que los engranajes que guiaban su destino ya estaban moviéndose. Ella había negado su herencia y olvidado su pasado, sin saber que desde ese momento se embarcaría en un viaje de

autodescubrimiento y aceptación de mano del nigromante que sacudió su mundo. A partir de entonces, compartiría junto a él un turbulento camino que vincularía sus vidas para siempre.



La noche de los borrachos. Editorial Suseya. (Antología de varios autores).

<https://pge.me/KKKdzP>

Sinopsis: Un grupo de desconocidos se reúnen, en la trastienda de un local, para jugar a un peligroso juego: deberán contar cada uno una historia relacionada con la bebida, pero que salgan vivos o no de esa reunión, no solo depende de lo bueno que sea su relato.

El relato de la autora es «Puerta a la desolación»